

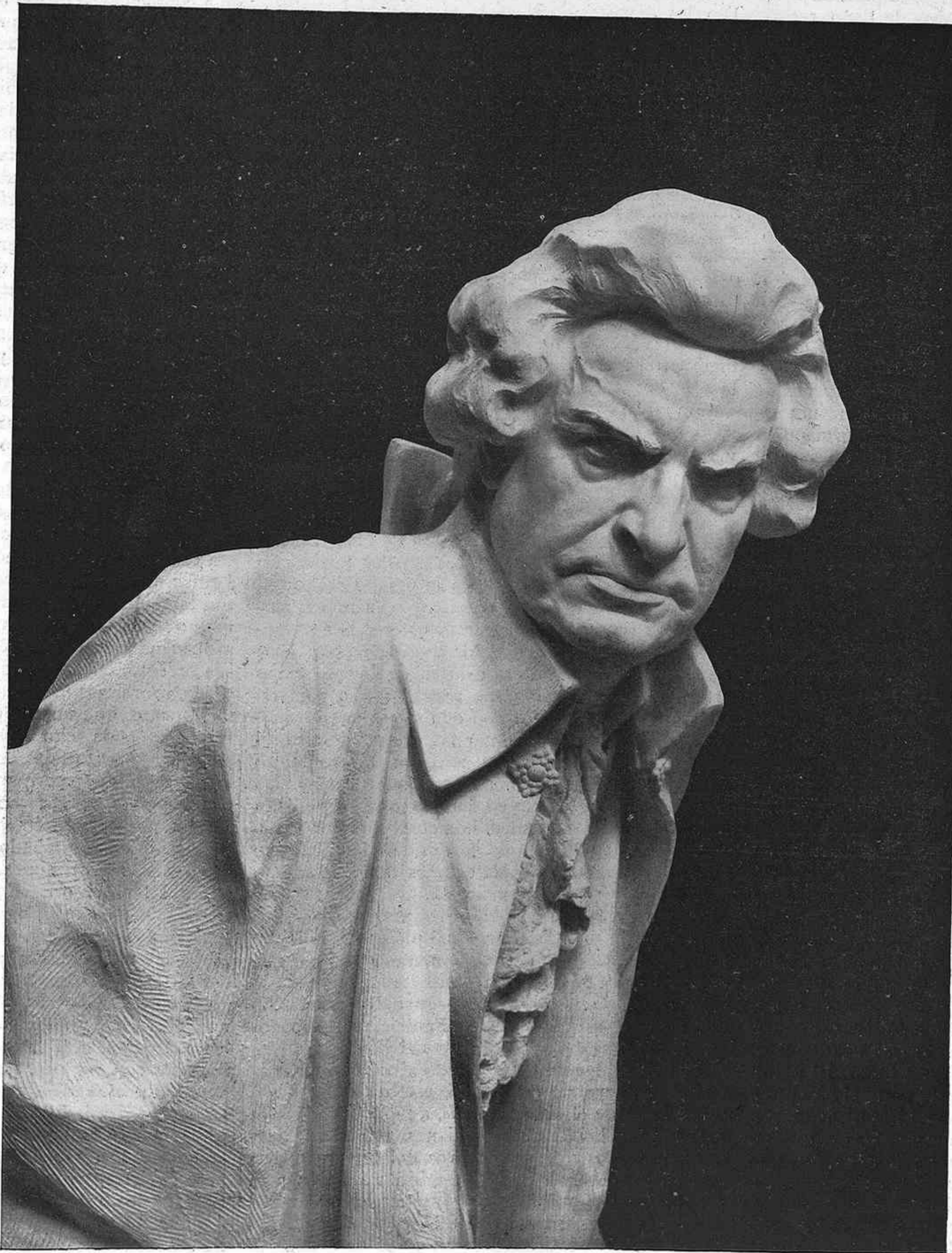
La Ilustración Artística

Año XXX

BARCELONA 2 DE OCTUBRE DE 1911

Núm. 1.553

OBRAS NOTABLES DE LA ESCULTURA MODERNA



El célebre baritono SCOTTI en el papel de barón Scarpia de la ópera de Puccini «La Tosca»

Obra de Felipe Citariello. (Exposición de la Sociedad Artística Salvator Rosa, de Nápoles. 1911.)

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Las grandes escritoras modernas*. Elisa Orzesko. — *Dos cuadros de Mariano Barbasán*. — *Botadura de los acorazados franceses «Jean Bart» y «Courbet»*. — *Destrución de un dirigible naval inglés*. — *La catástrofe del acorazado francés «Liberté»*. — *Las fiestas de Enghien les Bains*. — *Monumento á Petóefi*. — *Problema de ajedrez*. — *La coleccionadora* (novela ilustrada; continuación). — *De aviación*. *El raid Casablanca Fez*. *El record de altura con pasajero*. *Monumento á Chavez*. — *El primer correo aéreo en Inglaterra*.

Grabados.—*El barítono Scotti*, escultura de F. Cifariello. — *Elisa Orzesko*. — *Mandolinata*, *Gallegada*, cuadros de Mariano Barbasán. — *Guatemala*. *El patio nuevo del Hospital de San Juan de Dios*. — *El asilo «Estrada Cabrera»*. — *Brest*. *Botadura del «Jean Bart»*. — *Lorient*. *Botadura del «Courbet»*. — *El dirigible naval inglés destruido en parte*. — *Catástrofe del acorazado «Liberté»*. — *Horas plácidas*, cuadro de M. Goodmann. — *Enghien les Bains*. *Representaciones al aire libre*. *Las danzas*. *Una pantomima*. — *Monumento á Petóefi*, obra del escultor Bela. — *El primer raid en aeroplano en Marruecos*. — *El aviador Mahieu*. — *Monumento provisional á Chavez*. — *El primer correo aéreo en Inglaterra*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La *Gioconda*, robada al Museo del Louvre de un modo tan misterioso, continúa sin parecer. Hay que hacerle al gobierno francés la justicia de que no cesa de realizar activas pesquisas, en todos los países del mundo, y que, por el afán de buscar la perdida joya, hasta ha seguido la bufonesca pista de León, recordando acaso que fué en España donde aparecieron aquellos célebres estafadores, los Humbert, con los cuales no había medio de acertar. Pero, hasta la fecha, en tinieblas continúan envueltos los nombres de los ladrones—nadie cree que haya sido uno solo—y el punto del globo donde Monna Lisa esconde su mágico sonreír...

Es realmente difícil aquilatar si el cuadro sustraído al gran Museo francés es el mejor del mundo, ó sencillamente, uno de los mejores. Porque en esto de arte, las opiniones y pareceres de los doctos varían, y la variación y divergencia puede fundarse en razones perfectamente confitadas en la estética más ilustrada y exigente. En la obra de arte, si á la larga es el juicio universal quien discierne la corona, como ese juicio universal se compone de la suma de juicios particulares, siempre cabe revisión, y no hay verdaderamente instrumento para medir la hermosura estetómetro ó, si lo hay, está dentro de nosotros mismos.

En un viaje que hice por Holanda, casi exclusivamente á ver Museos, recuerdo que el guardián del Haya, es decir, uno de los guardianes, permanecía inmóvil ante un cuadro célebre, el *Toro*, de Pablo Potter. Al fijarme en esta particularidad, creí que se trataría de un funcionario que extremase la vigilancia, temeroso de la posible substracción, por más que el *Toro* es de tamaño natural, y no sé cómo harían, á no cortar el lienzo, para cargar con el cuadro. En algunas palabras, le indiqué la hipótesis, deseosa de saber si había adivinado los motivos de la insólita precaución. El holandés sonrió. No era lo que yo había supuesto. Era sencillamente que ante el *Toro* se armaban muy á menudo, acaloradas discusiones, y el guardián estaba allí para mantener el orden, al modo de esa gente pacífica de Holanda: con sólo su presencia, y la tácita reprobación de su gesto y su actitud. Si era preciso, intervendría más eficazmente...

Y es que el *Toro*, para muchos, es el acabóse de la pintura, técnicamente hablando, y para otros un cuadro lleno de defectos salientes como las astas del cornúpeto; y á cada momento, delante de ese trozo de lienzo que representa á un animal—sin otro asunto, sin otra idea, sino la reproducción de una realidad la más sencilla.—se enzarzan pintores é inteligentes, y los *Aoh!!!* atónitos de las *mises* turistas hacen coro á los gritos de artistas y aficionados...

La *Gioconda* era juzgada con mayor unanimidad. Su sonrisa enigmática embrujaba á todos. El plasticismo de los enamorados del arte puro; el idealismo vago de los soñadores, satisfacíanse igualmente con aquella faz singular en su hermosura, faz predestinada á juventud eterna; con aquella frente vasta, que no parecía de mujer; con aquella boca sinuosa, entreabierta como para retener el secreto de la esfinge, pronto á escaparse; con la tersura de aquellas mejillas, y aquel óvalo purísimo del contorno; con toda aquella calma profunda, sobrenatural, superior á las luchas de la vida... Teófilo Gautier, el adorador de la belleza antigua, el que dijo que si la *Venus* de Milo hubiese sido destrozada durante el sitio de París, desaparecería uno de los soles del ideal, y en el arte anochecharía, ¿qué hubiese exclamado ante el robo de la *Gioconda*, realizado en plena normalidad, á la luz del sol, con París despierto y tranquilo?

Quizás sus querellas fuesen más amargas aun de lo que fueron ante las depreaciones de los que él nombraba «los gorilas de la *Commune*.»

No hay nada de afectado en las lamentaciones del gran Teo en presencia de la destrucción de los objetos de arte. Yo recuerdo que en recientes disturbios y brotes de salvajismo, lo que más me dolió fué que hubiesen ardido tablas del xv, de gran mérito. En efecto, nosotros hemos de morir, y no escaparemos de tan dura sentencia; pero la belleza es inmortal, y al transmitirse de siglo en siglo, lega á los hombres el mayor tesoro que conquistaron nunca. Decíalo el propio estético Gautier: los versos

«demeurent,
plus forts que les airains...»

Releyendo sus *Cuadros del sitio de París*, sentimos cual nunca el horror á la furia devastadora de los que, incapaces de experimentar la fruición más alta y que más nos diferencia de los irracionales, se atreven á poner las manos en cuadros y estatuas, á acercarse á ellos su tea brutal.

Como el autor de *Spirita*, nos preguntamos: ¿es posible que esta civilización de que estamos tan orgullosos, escondiese tal barbarie? Pasados tantos siglos creíamos que la fiera que reside en el fondo del hombre se hubiese domesticado un poco. ¿Quién será el Orfeo que lo consiga, si el arte, el ritmo divino, no lo logran?

Uno de los aspectos de tristeza que revisten para Teo las devastaciones, es la crueldad del destino que destruye la obra de un artista que en ella fundaba la esperanza de sobrevivir para la posteridad. Tal fué la suerte de los frescos de Chassériau, en el Tribunal de Cuentas, casi por completo quemados. Teodoro Chassériau, que había sido amigo de Gautier, murió todavía joven; á los treinta y seis años. Era discípulo de Ingres, pero no tardó en conquistar su propia personalidad. En él existían gérmenes geniales. Con Ingres se formó como dibujante; con Delacroix buscó el colorido y la nota pintoresca. Cuando había llegado á encontrar su propio camino, entre las dos admiraciones y las dos maestrías que le cautivaron, fué cuando pintó los frescos, destruidos por los monstruosos incendiarios de París. Y allí pecieron la alegoría de la *Paz*, la de la *Guerra*, como también el techo de Gendron, el *Justiniano* de Delacroix, cuanto el palacio encerraba de arte.

Con razón dice Teo que en presencia de tales ruinas amontonadas tan rápidamente, ¡dijérase que han transcurrido mil años, que sólo el paso de los siglos pudo consumir semejante destrozo!

A propósito de tales horrores hace Gautier una observación exacta. El objetivo de estas furias revolucionarias, es siempre la Prefectura de Policía. Cada faccioso cree que aniquilando los papeles, testimonio de sus actos, suprime con ellos su pasado deshonoroso. El hombre más vil y oriminal no suele resignarse á serlo, y aun cuando, á veces, ostente la fanfarronería del delito, anhela destruir las pruebas tangibles. El ideal sería que la acción cometida se borrara como el surco en el agua. Persiste acusadora, en papeles, y como el deudor sueña con que se evaporen los recibos, quisieran ellos aventar las cenizas de esos archivos recónditos donde se conserva el libro de oro de la delincuencia. El motín va siempre contra algo que estorba, que reprime los instintos ó perpetúa la memoria de las maldades. Los cuarenta años transcurridos desde el incendio de París no impiden que acaso puedan estas consideraciones, de un momento á otro, revestir triste actualidad...

Volviendo á la *Gioconda*, las trazas son de que se haya perdido para siempre. Cuál pueda ser el fin de los raptos, se ignora absolutamente, lo mismo que el paradero de la maravilla. Irritante misterio—todo en la *Gioconda* es misterioso,—envuelve este hecho que ha venido á consternar á Francia, punto menos que la pérdida de las provincias del Rin.

Es innegable que hubo en ello abandono notorio, descuido por parte de los que estaban obligados á velar. Durante el sitio de París, adoptáronse, contra los obuses y las bombas prusianas, minuciosas precauciones. Los mejores cuadros del Louvre fueron enrollados ó encajonados, y remitidos á Tolón, para ser embarcados con rumbo á América, si venían mal dadas las cosas, peor aun de lo que se temía. La *Venus* de Milo, reclinada en un ataúd de seda acolchada y madera fina, fué emparedada en inaccesible escondrijo, fuera del alcance de los proyectiles y de las llamas. En cambio, ahora, en tiempo de paz, dijérase que la indiferencia más completa se había apoderado de los que debían custodiar el tesoro. No faltaban, sin embargo, motivos para sentir alarma é inquietud. Robos y sustracciones, se cometían en el Louvre con frecuencia inexplicable. Tan pronto desaparecía una estatua fenicia, como una divinidad del antiguo Egipto. Debiera el caso hacer abrir el ojo á director y conservadores. El peligro es igual,

que desaparezca un objeto de corto valor ó la mejor prenda del Museo. Acusa idéntica negligencia.

Por otra parte—y esto tiene mucho de curioso y hasta de novelesco,—un periódico, creo que *El grito de París*, había estampado con todas sus letras, hace ya un año ó más, que se había realizado el robo de la *Gioconda*. No cabe duda que es cosa bien extraña, si verdadera, por verdadera, y si profética, por profética. Según el periódico, el atentado se había verificado de noche, en connivencia con altos funcionarios del Museo y sustituyendo el original de Vinci por una copia, obra de una vieja inglesa, de las muchas que se dedican á reproducir las obras maestras prolija y fielmente. Yo confieso que no pocas veces, en el Museo del Prado, me ha dado miedo notar la exactitud de algunas copias. El demonio las enreda...

Sea lo que quiera, en lo de la *Gioconda* debe reconocerse que es cuando menos singular que la categórica denuncia del diario no produjese el efecto de redoblar las precauciones y defender á todo trance la obra maestra. El periódico decía que estaba pronto á abonar una fuerte suma, si reconocido el cuadro por los expertos, resultase que era el mismo de antes, el original de Leonardo. Y el funcionario á quien transparentemente se aludía, es el mismo monsieur Homolle, director de los Museos; el que entonces se limitó á responder desdeñosamente que era imposible robar la *Gioconda*, y el mismo que ahora, á consecuencia de ese robo imposible, ya cumplido, ha sido destituido de su cargo...

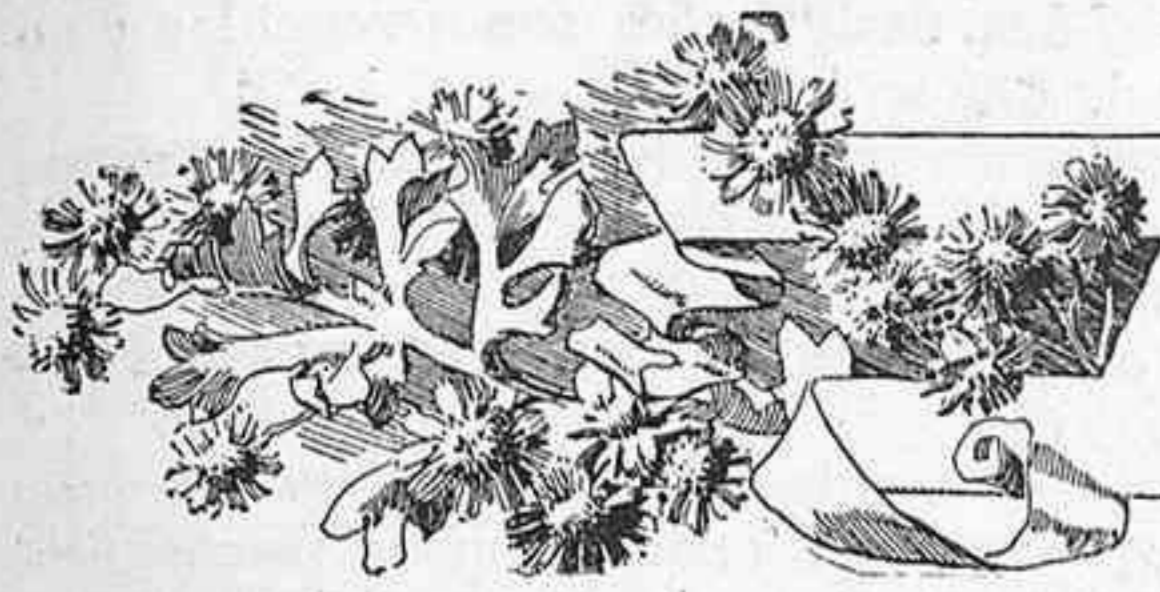
La imaginación, facultad indispensable al novelista, actúa en mí, y me sugiere un sin fin de marañas y de hipótesis. ¿Y si hubiese algo de verdad en la denuncia del diario parisiense? ¿Y si el robo de ahora no fuese sino un simulacro, destinado á hacer desaparecer la prueba material del robo de antes? ¿Y si, merced al de antes, se hubiesen podido fabricar con entera tranquilidad y perfección ocho ó diez reproducciones capaces de engañar á un lince, y por las cuales, ahora, se obtengan, de ocho ó diez millonarios antojadizos, ocho ó diez millones, haciéndoles creer á todos que adquieren la *Gioconda* auténtica? Golpe tanto más fácil, cuanto que los compradores están interesados, al menos por algún tiempo, en guardar sigilo absoluto, y que, oculta la auténtica *Gioconda*, no hay medio de demostrar que son copias las restantes..., repito que son devaneos de mi fantasía. Sólo que en la carencia de datos positivos—y las trazas son de que no los tendremos, Dios sabe hasta cuando—la fantasía vuela libremente.

Lo innegable es que estaba mal custodiada Monna Lisa, y no mejor el resto del Museo. El consuelo ya sabemos que es de tontos, pero no hay nadie que no sea tonto á ratos, y un sentimiento natural nos lleva á sufrir mejor nuestras propias adversidades, cuando son también las del vecino, y sobre todo, cuando el vecino se da tono y nos mira por cima del hombro, protegiéndonos ó desdénándonos. Por ese mismo sentimiento, cuya mezquindad reconozco de buen grado, sonreímos maliciosamente al leer, en la prensa francesa, que un cómputo estadístico ha demostrado que cada parisiense se baña al año una vez. ¡Nos han puesto tales de desaseados, de enemigos del agua! No parece que á ellos les sea muy simpática tampoco. Ciertamente habrá parisienses y *parisienses* que se bañarán dos ó tres veces al día, pero siempre quedará probado que el conjunto, no se baña, nunca, nunca, nunca. Es para hacer reflexionar sobre «el cerebro de Europa.» Verdad que ya no suele llamársele así. Ya cada país quiere un cerebro para su uso particular. Chanteclair ha de resignarse á que salga el sol sin su permiso.

Si la anécdota que voy á referir pasase en España, en la morisca Granada ó la imperial Toledo, muchas agudezas inspiraría al malogrado escritor Juan Lorrain, á quien en Toledo conocí, y que me hizo reír bastante con sus parodias de usos y costumbres españoles, y su manía de querer, á toda costa, ver bailar el *fandangó*. Ello sucedió en París mismo. Un grupo de *rapins* ó aprendices de pintor, encontró en la calle á una muchachita de maravillosa belleza, pero cubierta por espesa capa de mugre y roña. Entusiasmados ante un modelo tan divino, la llevaron á que se bañase. Dejaron, respetuosos, á la pobrecilla en el cuarto de baño, después de llenar la pila, y se retiraron, honestamente. Pasó una hora, pasaron dos horas, y la niña no salía de la habitación. Temerosos de algún percance, decidieron á entrar. Y encontraron á la muchacha bañada, eso sí, en lágrimas, en una actitud de terror; y cuando le dirigieron las preguntas que el caso requería, balbuceó hipando sollozos:

—¡Es que por mucho que haga, no podré beberme esa agua toda! ¡Es demasiada! ¡Y, además, está caliente!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



LAS GRANDES ESCRITORAS MODERNAS
ELISA ORZESZKO



La Polonia, con la muerte de la gran escritora Elisa Orzeszko, fallecida hace cosa de un año, ha perdido uno de los talentos más sólidos de su producción literaria contemporánea. Ella llegó á igualar la nombradía mundial de Enrique Sienkiewicz, el célebre autor de *Quo vadis?*, su conterráneo. Yo tengo, sin embargo—y es una opinión particular,—por muy superior la autora de *Meir* al autor de *Por el hierro y por el fuego*.

Elisa Orzeszko, como Sienkiewicz, en su primera manera abordó también la novela histórica. Justo es declarar que en esas tentativas de arte literario retrospectivo no fué tan afortunada como lo fué Sienkiewicz evocando la Roma imperial decadente en los albores magníficos del cristianismo triunfante. La novela arqueológica, como la cultivaron Ebers en Alemania y Bülwer Lytton en Inglaterra, es un género difícil y que ya ha pasado de moda. El último cultivador con fortuna ha sido Sienkiewicz.

No era ése el camino indicado á los talentos de Elisa Orzeszko. Ella había de encontrar el campo propicio para el desenvolvimiento de su personalidad literaria en la novela de costumbres. Ella, en sus páginas, había de dejar de esa Polonia muerta como nación, una imagen real y exacta de la Polonia viva como raza y como pueblo. Aunque esa orientación no se la hubiese impuesto á la autora de *Sobre el Niemen*, su propio temperamento enamorado de las realidades y sobre todo del colorismo local, se la hubiese impuesto la fuerte corriente del movimiento literario nacional, que han impulsado los escritores de más nota entre los modernos, resurrección de la energía patriótica, ahogada en el vivir polonés por tantos medios despóticos, empeñada en perpetuar el alma del país infortunado y en empapar siquiera fuesen las páginas literarias con el sabor del terruño.

Y todos se han puesto á esta obra que pudiéramos llamar espiritualmente reconstructiva. Es una literatura de rebeldía la que crean, dotada de vigores combativos.

De ella traza Leblond la síntesis siguiente:

«Emula de Asnyk y de Kasproicz, María Konopiucka concede el lugar predominante al pueblo de los trabajadores en sus cuentos y en sus poemas: *Ante el tribunal*, *En el subterráneo*, *La noche del sábado*, *El corazón del campesino*, compadeciéndose de las ingratas condiciones del trabajo, de la falta de instrucción, de las heridas de la guerra. Zeromski, con un tempestuoso y espléndido lirismo, enardece los espíritus contra la opresión social y política: *Seremos picoteados por los cuervos y las cornejas*, *Los trabajos de Sísifo*, *La gente sin techo*, *Las cenizas*, *Historia de un pecado*, agitaron al público hasta el punto de no pasar día, muchos meses después de la aparición de dichas obras, sin conferencia pública ni artículo crítico acerca de ellas.

»Reymont, hijo de labriegos, escritor errante á través de Alemania y los Estados Unidos, camineiro, empleado de ferrocarriles, médium espiritista, ha compartido las miserias y los trabajos de los campesinos, que ha magnificado con un lirismo de autodidacto que le coloca á la altura de Zolá; al lado de seres sencillos y cariñosos, sus labriegos más avaros, sus muchachas de pueblo las más pasivas, tienen una acritud de poesía, una fragancia de mantillo y de agria primavera, que comunica con el sentimiento de una real fuerza naturalista la convicción de la potencia vital de las fuentes profundas de la raza sobre las que quiere convencer á la nación cimente el porvenir. Con éste, como con Zeromski, el novelista de los *Sin hogar*, el émulo de Dostoiéwsky, como en Weysenhoff, á quien llaman el Daudet polonés, igual que con los jóvenes escritores socialis-

tas, por ejemplo, Danilowski, se realiza una literatura frondosa y confusa que, careciendo de escuelas registradas por una crítica universitaria, no ha podido dividirse en realistas y simbolistas: ellos son, en conjunto, naturalistas é idealistas, ignorantes de las habilidades del oficio y de los *partis-pris* de simplificación; ellos hablan, pues, á todo el público.»

Para ensanchar y sobre todo para engrandecer esta literatura nacional, llegó á su hora Elisa Orzeszko. Ella ha sido el escritor más grande que ha pro-

ducido, interés ó simpatía lo que despertaba en sus lectores, sino una enternecida gratitud, un respeto profundo y bien merecido, una especie de culto de que ningún otro escritor podría envanecerse con mayor razón y más legítimo fundamento. El patriotismo ardiente de Elisa Orzeszko, sin embargo, no la impedía ver los defectos y los vicios de la sociedad, cuyos intereses ella defendía con tanto ardor y tanto talento. Ella sabía muy bien que la naturaleza humana es la misma en todas partes, así en la miseria como en la riqueza, en la esclavitud y el infortunio como en el esplendor del triunfo y de la fortuna. Los rasgos eternos de las pasiones que queman, exaltan ó encantan nuestras almas en el curso de la prueba acá abajo, se manifiestan, bajo ciclos diferentes, con expresiones idénticas, y el primer deber del escritor y del artista es dar una impresión de vida y de verdad; así, las novelas de Elisa Orzeszko, aunque animadas por un soplo de idealismo patriótico que la incitaba sobre todo á hermostrar los cuadros de costumbres contemporáneas, en los que se hizo una especialidad, presentan una pintura acabada y fiel de la vida social de su tiempo y de su país, pudiéndose estudiar y conocer las costumbres, las ideas, los hábitos y la psicología de todas las clases de la sociedad polonesa, desde la aristocracia empobrecida, pero siempre altiva y orgullosa, hasta la burguesía de formación muy reciente y hasta las masas populares del inmenso proletariado polonés, entre el cual se dibuja á la hora presente un movimiento tan intenso y tan curioso de renovación y de agitación social.»

Ese es su gran mérito. Para los novelistas parece que hay zonas delimitadas en la vida para su observación. Sorprender una sociedad en conjunto, todo un pueblo, parece empeño de enormes dificultades, puesto que pocos escritores lo han intentado. Se requiere un espíritu muy dúctil que consiga adoptarse á los diferentes medios sociales. Porque la psicología y el carácter de las costumbres no es igual en la clase aristocrática, refinada espiritualmente y con deslumbradoras elegancias, que en la casta humilde de los campesinos, de alma ruda y de hábitos primitivos casi de seres en pleno estado salvaje. Y no

estriba la dificultad en sorprender esos diversos aspectos del vivir. Con un agudo sentido de observación pueden estudiarse. La dificultad mayor estriba en reproducirlos. No es lo mismo componer una novela de salón que una novela rural. A propósito, aunque es vulgar la comparación, si bien la creo exacta, diré que no es lo mismo cortar un vestido de recepción para una gran dama que cortar un traje casero para una campesina.

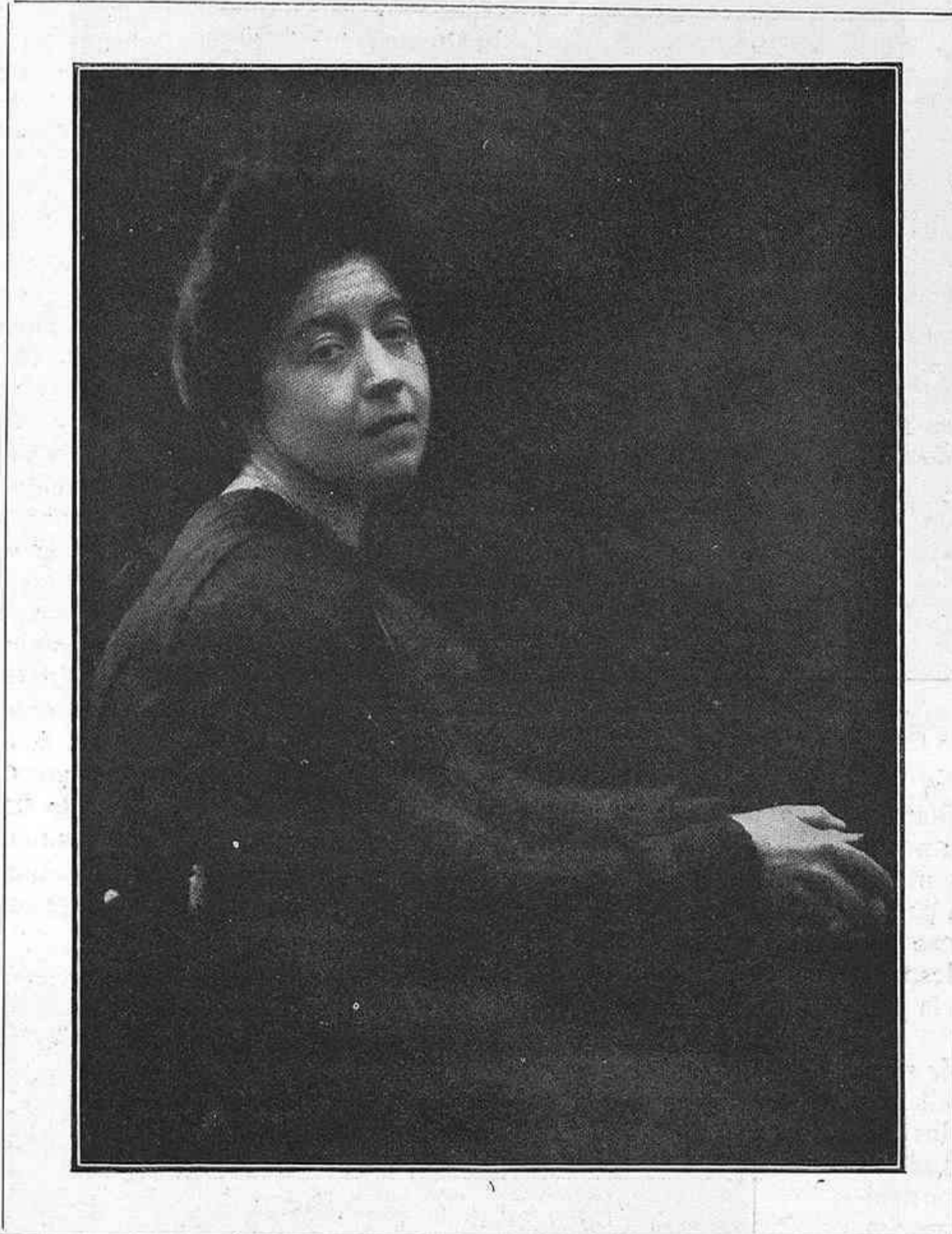
Pues bien, Elisa Orzeszko tanto acierta al estudiar y reproducir las costumbres de la gente noble como al realizar igual empeño con la gente aldeana. Gráficos, vivientes, son sus tipos de la nobleza, como sus figuras extraídas de los bajos fondos sociales.

Pero añado que estos últimos pareceme que los pinta, si no con un mayor relieve, al menos con un más amoroso cuidado; estimo que son sus predilectos. Y es que en ella predomina siempre su amor y su compasión por los humildes y los desgraciados.

El mismo Rzewuski dice:

«Sin ninguna declaración socialista ni cosa parecida, Elisa Orzeszko ha sabido conmovier á millares de lectores pintando el atroz sufrimiento humano y esas injusticias de la suerte contra la que, sin duda, no hay remedios, pero que la caridad, la piedad, la bondad, pueden endulzar y atenuar poco á poco.»

Elisa Orzeszko no rehusa nunca asomarse dulcemente á esos abismos de servidumbre y de revuelta cuya existencia hacen mal en negar los dichosos en el mundo. En ella, no obstante, nada hay de decla-



La escritora Elisa Orzeszko

ducido la novela realista, la novela genuinamente polonesa en Polonia. Cierto es que frente á ella se ha levantado otra gran novelista: Gabriela Zapolska. Pero, con todos sus grandes méritos, la autora de *El bosque murmura* no iguala, ni en amplitud de visión ni en intensidad emocional, ni aun en el mismo arte de componer, á la insigne creadora de *Ellas Makower*.

Elisa Orzeszko es una de las grandes novelistas modernas. No por la cantidad de trabajo producido, aun cuando llegan á cuarenta sus novelas, sino por la calidad de las mismas, que les da un valor inestimable.

Aun empeñada en recoger nada más que el carácter y el colorido de las costumbres en su país, queriendo ser nada más que un retratista de tipos y un pintor de género, su espíritu, abierto á sentimientos grandes con impulsos generosos, ha transformado su arte literario en un arte de combate. Sólo que sus armas de lucha son un aliento de misericordia que derrama en los libros y que comunica á cuantos leen. Después de repasar sus páginas, en el corazón se siente un gemido de lástima piadosa y conmovida.

«En el alma de esta noble mujer—escribe Stanislas Rzewuski,—enamorado de las más hermosas quimeras de justicia, de libertad y de progreso, y que sabía defenderlas con un talento literario *hors ligne*; en el alma de este escritor ilustre, palpitaba verdaderamente el genio de la patria. No es sólo admira-

matorio, ningún énfasis revolucionario, ni sombra de doctrinas anárquicas, banales y agresivas; nada más que un inmenso impulso de fraternidad, de altruísmo sincero, embelleciendo, idealizando su obra.»

Yo he leído, y recuerdo muy bien todavía, dos novelas de Elisa Orzeszko. Son *Meir* y *El mujick*.

Meir, obra escrita sin el tendencioso propósito

nunciamento que difícilmente se encuentran en medios civilizados y entre gentes que han recibido una educación moral.

Pablo, el «mujick», el barquero, por lástima más que por amor, con la esperanza de redimirla y de salvarla, se casa con Francisca, muchacha de la ciudad y, por el medio ambiente urbano, moralmente

así siempre. Sus deslealtades son frecuentes y no hay medio de que se corrijan.

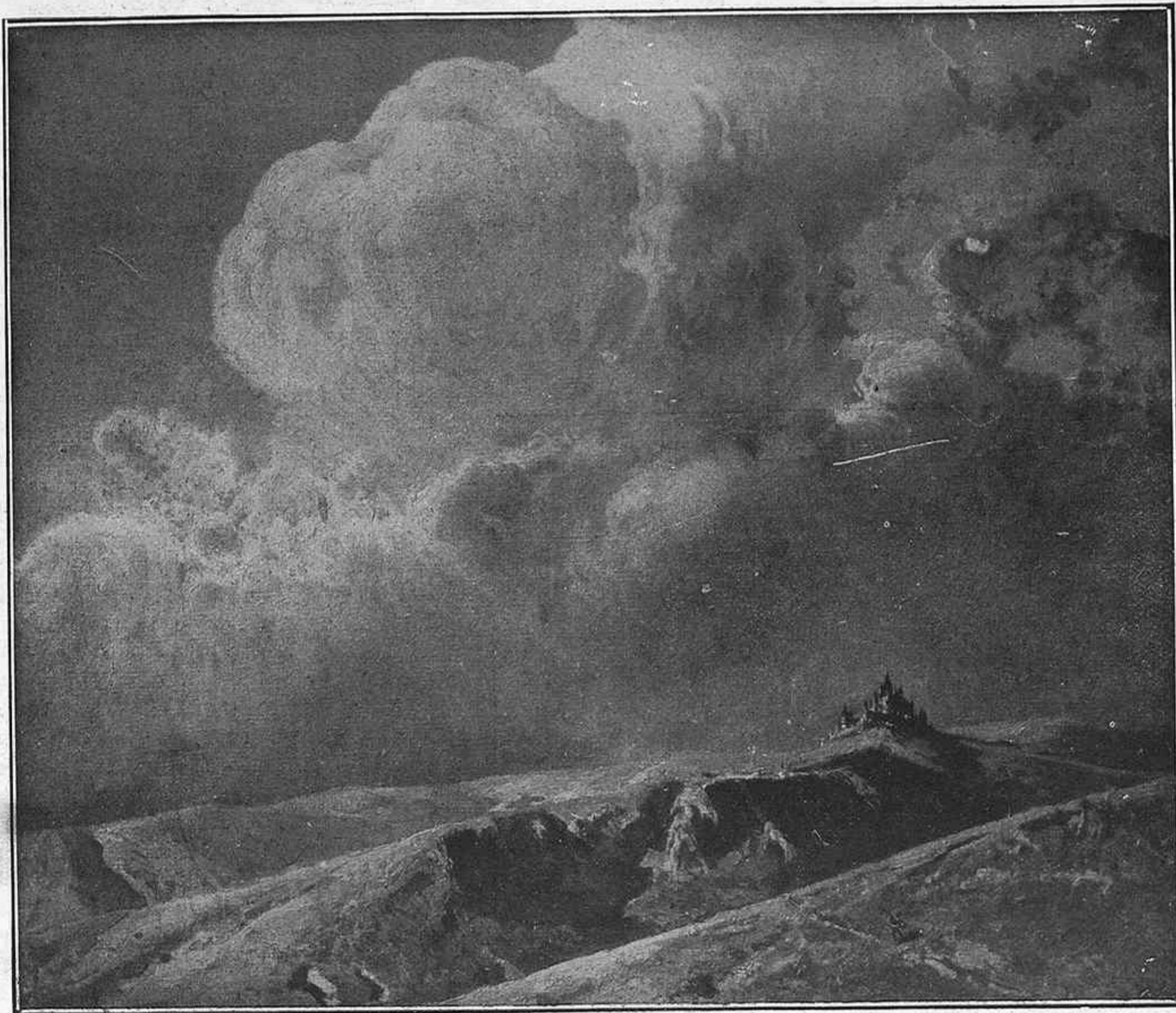
Pero nada vence el afán de redención que siente el ultrajado marido. A la esposa infiel llega á perdonar hasta un crimen. Y es que tiene el «mujick» un temple de héroe. Tiene también el espíritu de sacrificio de un santo.

Si no hubiese creado muchos otros de una gran originalidad y de una enorme fuerza psicológica, este tipo de Pablo Kobyccki, el «mujick», hubiese dado una gran personalidad á Elisa Orzeszko.

Acaso la escritora haya querido poner frente á frente la ciudad y la aldea, haciendo destacar los vicios y las maldades que en la una se engendran y las virtudes sólidas que en la otra, como la carne entre hielos, se conservan. Y sin decirlo, y hasta sin pensarlo tal vez, la escritora toma partido por esta gente ruda que labora como bestias el campo y recorre en sus barcas de pescadores los ríos.

No habrá un propósito mental en ello, pero desde luego sí se advierte que inclinan á la escritora en ese sentido muy hondas simpatías y un generoso movimiento del corazón. Es la compasión que se desborda silenciosa pero cálida de la obra inmensa que ha dejado la insigne escritora polaca.

ANGEL GUERRA.



Mandolinata, cuadro de Mariano Barbasán, adquirido por el rey de Italia

DOS CUADROS DE MARIANO BARBASÁN

Es uno de los artistas españoles que forma parte del grupo que allá en la ciudad de los Césares y de los Papas honran por medio de sus obras el arte patrio. Cuando, hace ya años, le condujo á Roma la pensión que le concediera la Diputación Provincial de Zaragoza, constituía su personalidad una grata esperanza para lo porvenir. Hoy ésta se ha trocado en una agradabilísima realidad. Las reproducciones de algunas de sus obras que nos ha cabido la suerte de poder darlas á nuestros lectores, atestiguan la valía del artista y la calidad de la labor por él realizada.

No se trata, pues, de un pintor novel; nos referimos ya á un maestro que se halla en el pleno goce de sus aptitudes y que ha adquirido justa fama en cuantas lides artísticas ha tomado parte, entre ellas en la Exposición anual celebrada en Roma por la *Società degli amatori e cultori*, mereciendo la distinción de que el rey de Italia adquiriera los dos grandes lienzos titulados *Gallegada* y *Mandolinata*, que exhibiera en dicho certamen. En ambos cuadros hallase retratado el temperamento del artista, su pode-

con que han escrito y escriben algunos militantes del «sionismo», es acaso á la hora presente la novela que refleja, no sólo las costumbres, sino también las angustias espirituales de la raza judía, tan perseguida y tan brutalmente castigada, habiéndose llegado á veces á horribles matanzas en masa después de una frenética y salvaje caza al hombre, en la parte de la Polonia rusa.

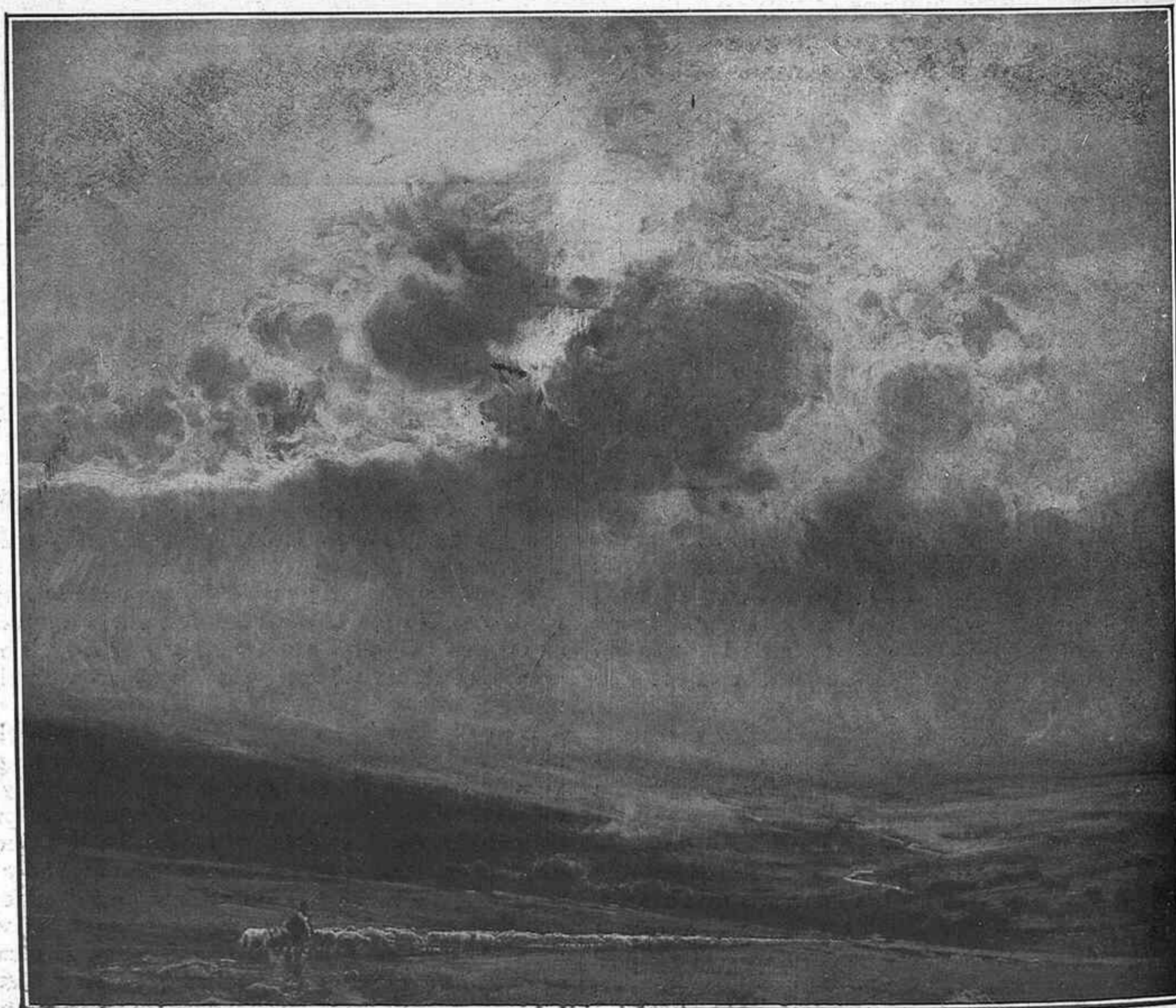
La obra del inglés Zaugwill, *Children of the ghetto*, es una obra más bien cerebral. Hay en ella un ideal generoso; redimir de las miserias y de los tormentos á un pueblo que anda disperso por todo el haz de la tierra, en todas partes odiado y escarnecido. Por el contrario, la obra de Elisa Orzeszko, *Meir*, lo mismo que su otra congénere *Eli Makower*, está escrita sin «parti-pris» de propaganda de un ideal, pero está escrita con todo el corazón.

Bien es verdad que los medios que reflejan ambos escritores no son iguales, ni la vida que pintan, por dichas razones, puede ser igual en Inglaterra que en Polonia.

Los judíos poloneses arrastran una vida dolorosa y trágica. Forman una casta aparte, una sociedad de excepción, separada por odios seculares del resto de sus conciudadanos, como lo estaban, por razón de higiene pública, los leprosos de la época medioeval. Y esa lucha sorda, que á veces tiene tan brutales estallidos, entre los judíos y los poloneses todos de las demás clases sociales; esa vida de miseria, de avaricia, de miedo y hasta de espanto de los pobres semitas, es lo que ha descrito en esas dos novelas, empapadas de dolor y de piedad, la pluma misericordiosa de Elisa Orzeszko. Son páginas que vibran con un largo eco de eterno gemido humano que para el padecer desespera encontrar ni piedad ni redención.

También, de otra parte, *El mujick* es un libro de lástimas. La novelista ha pintado en ese campesino Pablo Kobyccki, protagonista de ese libro, un héroe y un santo. Acostumbrados al trato de esos *mujicks* brutales y embrutecidos, hombres en esclavitud y en estado semi-salvaje que nos han dado á conocer Turgueneff y Tolstoy, nos ha sorprendido este «mujick» que nos presenta Elisa Orzeszko, alma ingenua en cuerpo sano, pobre barquero del Niemen. Tiene un espíritu con un temple superior. Bajo su tosquedad de hombre inculto, casi primitivo, existe una bondad ingénita, un espíritu de abnegación y de re-

des juiciada. Es un empeño rudo querer, por la bondad y el cariño, regenerar un espíritu corrompido. Pero esa voluntad tenaz no se rinde nunca, porque hay una fe que la mantiene. Francisca, en un nuevo



Gallegada, cuadro de Mariano Barbasán, adquirido por el rey de Italia

acceso de locura amorosa, deserta el hogar conyugal. No importa. Al retornar, miserable y angustiada, encuentra de nuevo abierta la puerta del «isba» Y

rosa imaginación y el delicado sentimiento que tanto le cr'atece, y ambos demuestran los alientos de Barbasán y sus condiciones de colorista excelente.



El patio nuevo del Hospital de San Juan de Dios



El asilo «Estrada Cabrera» el día de la inauguración (21 de agosto último) de una nueva dependencia, la «Casa de Maternidad Joaquina»

BOTADURA DE LOS ACORAZADOS FRANCESES
«JEAN BART» Y «COURBET»

En Brest, el día 22 de septiembre último, y en Lorient, el día 23, fueron botados al agua los cascos

en la prefectura marítima y después presidió en el arsenal la botadura del *Courbet*, que se efectuó en la misma forma y con igual éxito que la del *Jean Bart*.

La primera pieza de la quilla de los nuevos aco-

DESTRUCCIÓN DE UN DIRIGIBLE NAVAL INGLÉS

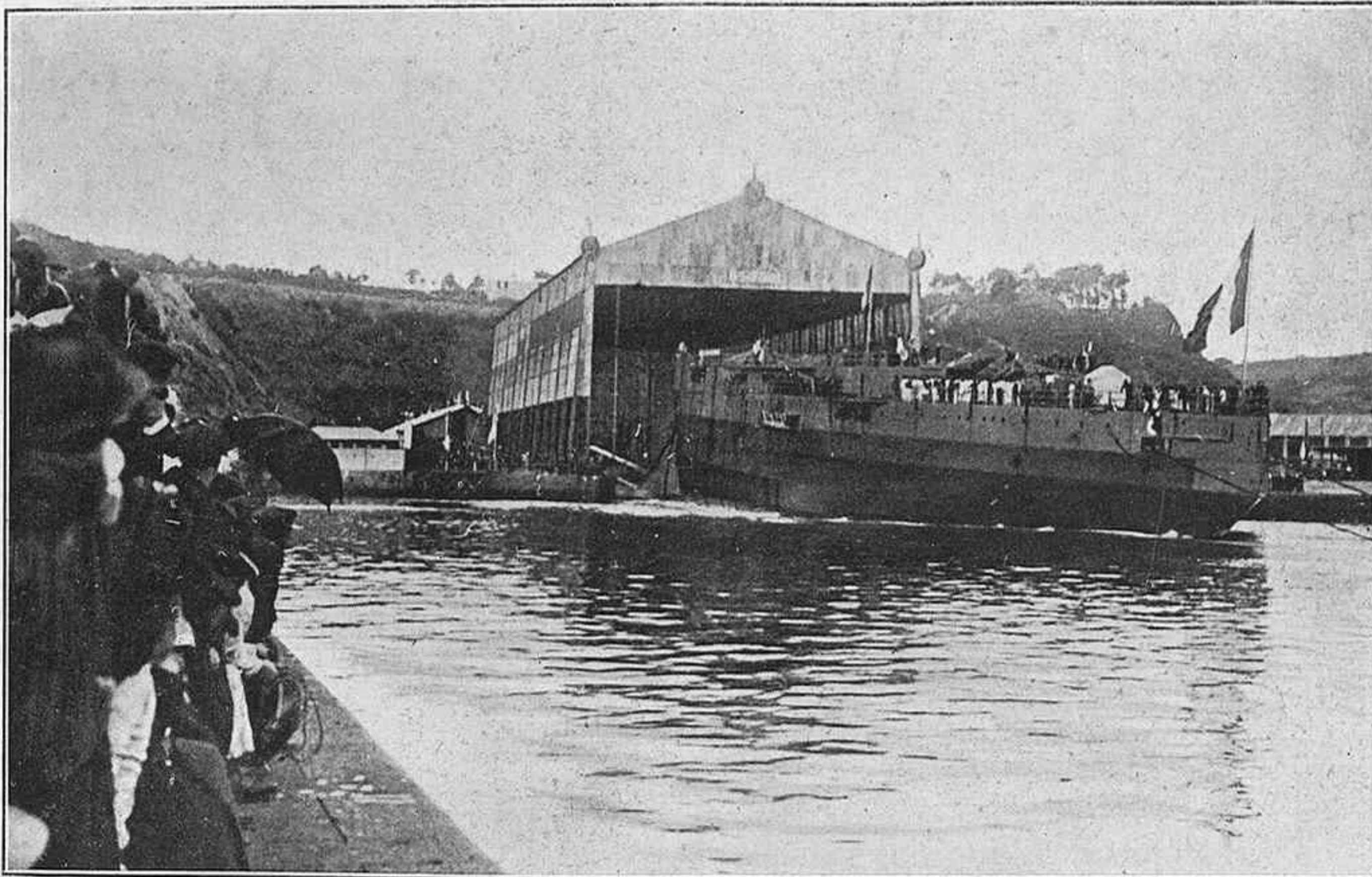
El dirigible naval inglés que en mayo último fué ensayado en Barrow y que hubo de ser sometido á algunas modificaciones, ha quedado recientemente destruído.

El día 24 del pasado septiembre fué sacado de su cobertizo para ser sometido á nuevas pruebas, cuando de repente se produjo una explosión que destruyó en parte el aerostato. La mitad de proa quedó intacta y la popa sufrió algunas averías fácilmente reparables; pero en el centro los daños fueron de mayor consideración, no quedando de él más que un montón de restos informes.

El Almirantazgo inglés atribuye la catástrofe á defectos de equilibrio del dirigible.

Según parece, la popa tendía á levantarse, al paso que la proa no se movía del suelo; á consecuencia de esto, uno de los globos interiores estalló, originándose entonces la rotura de toda aquella parte del globo.

El dirigible naval inglés tiene 170 metros de largo



Brest.—Botadura del acorazado de 23.000 toneladas «Jean Bart.» (De fotografía de C. Delius.)

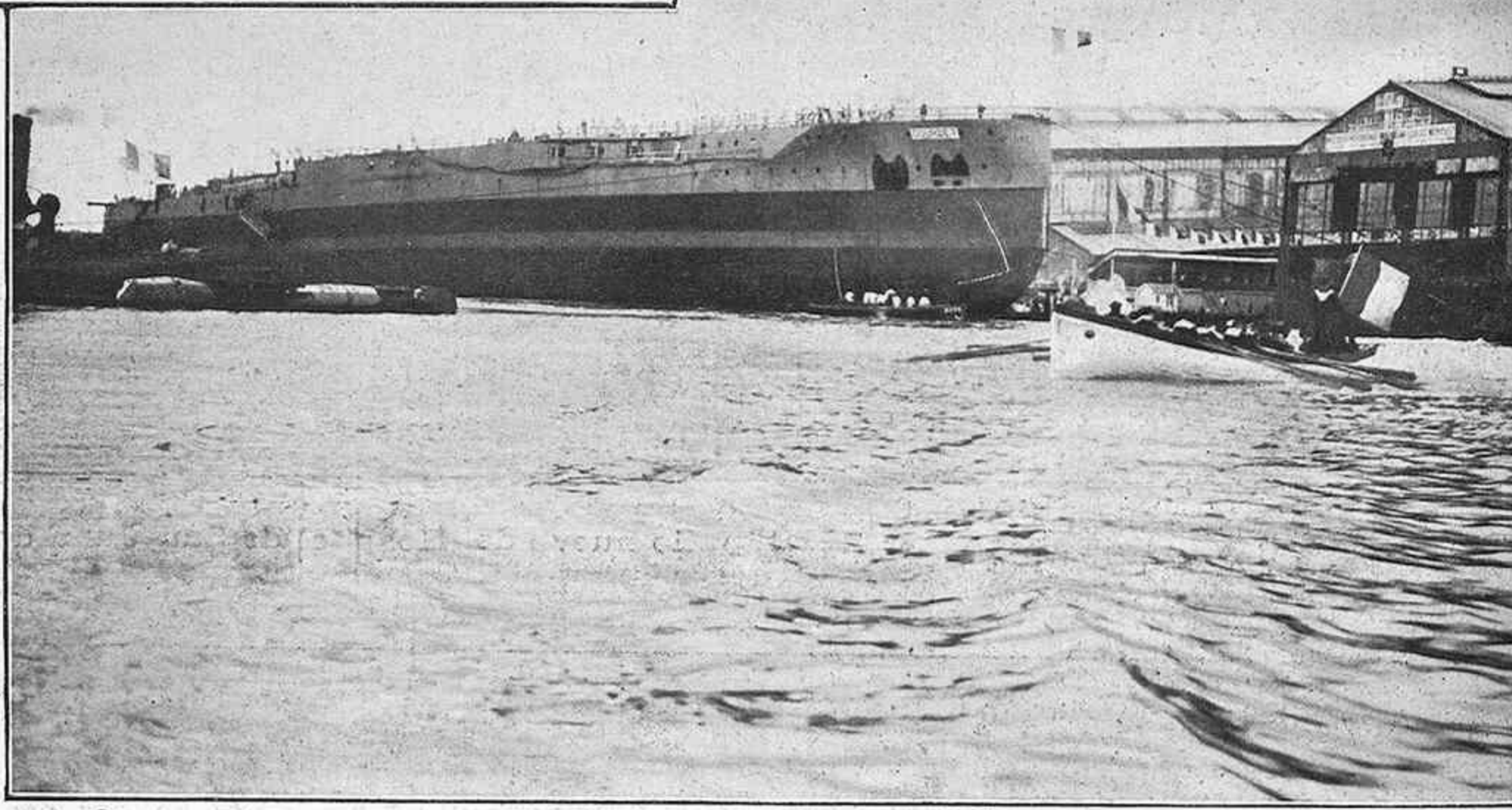
de los nuevos acorazados, *dreadnoughts*, como ahora se les llama, de la marina francesa *Jean Bart* y *Courbet*. Ambos buques, una vez terminados y enteramente armados, representarán 23.000 toneladas y serán los primeros de una serie de barcos de guerra tan poderosos como los que Inglaterra posee y á los que sólo superará uno recientemente adquirido por la República Argentina, de 27.000 toneladas.

Para asistir á la botadura del *Jean Bart* había llegado á Brest, en la mañana del día señalado, el ministro de Marina Sr. Delcassé, quien, tras un breve descanso en la prefectura marítima, dirigióse á la sala de fiestas de aquella ciudad, en donde el Ayuntamiento le ofreció un vino de honor. Desde allí y acompañado del prefecto del Finisterre, del almirante Maróles, prefecto marítimo y de todos los senadores y diputados del departamento, regresó á la prefectura.

Después del almuerzo, la comitiva oficial se encaminó al sitio en donde se hallaba el *Jean Bart* y en el que se habían dispuesto dos tribunas para los invitados. Los muelles, los alrededores del arsenal y las alturas vecinas estaban ocupados por una inmensa muchedumbre que no bajaba de treinta mil almas.

Terminados los últimos preparativos, que dirigía personalmente el joven ingeniero naval Sr. Raclot, bajo cuya dirección se ha realizado la construcción del acorazado, éste, libre de todas las escoras, cables y demás trabas que lo sujetaban, deslizóse suavemente sobre su quilla y penetró majestuosamente en el mar entre las aclamaciones entusiastas de los espectadores. Izada la bandera en la proa, centenares de obreros hicieron cargo nuevamente del buque para comenzar el segundo período, por decirlo así, de los trabajos, mientras el señor Delcassé condecoraba al ingeniero Sr. Raclot y felicitaba y recompensaba á cuantos habían tomado parte en la botadura.

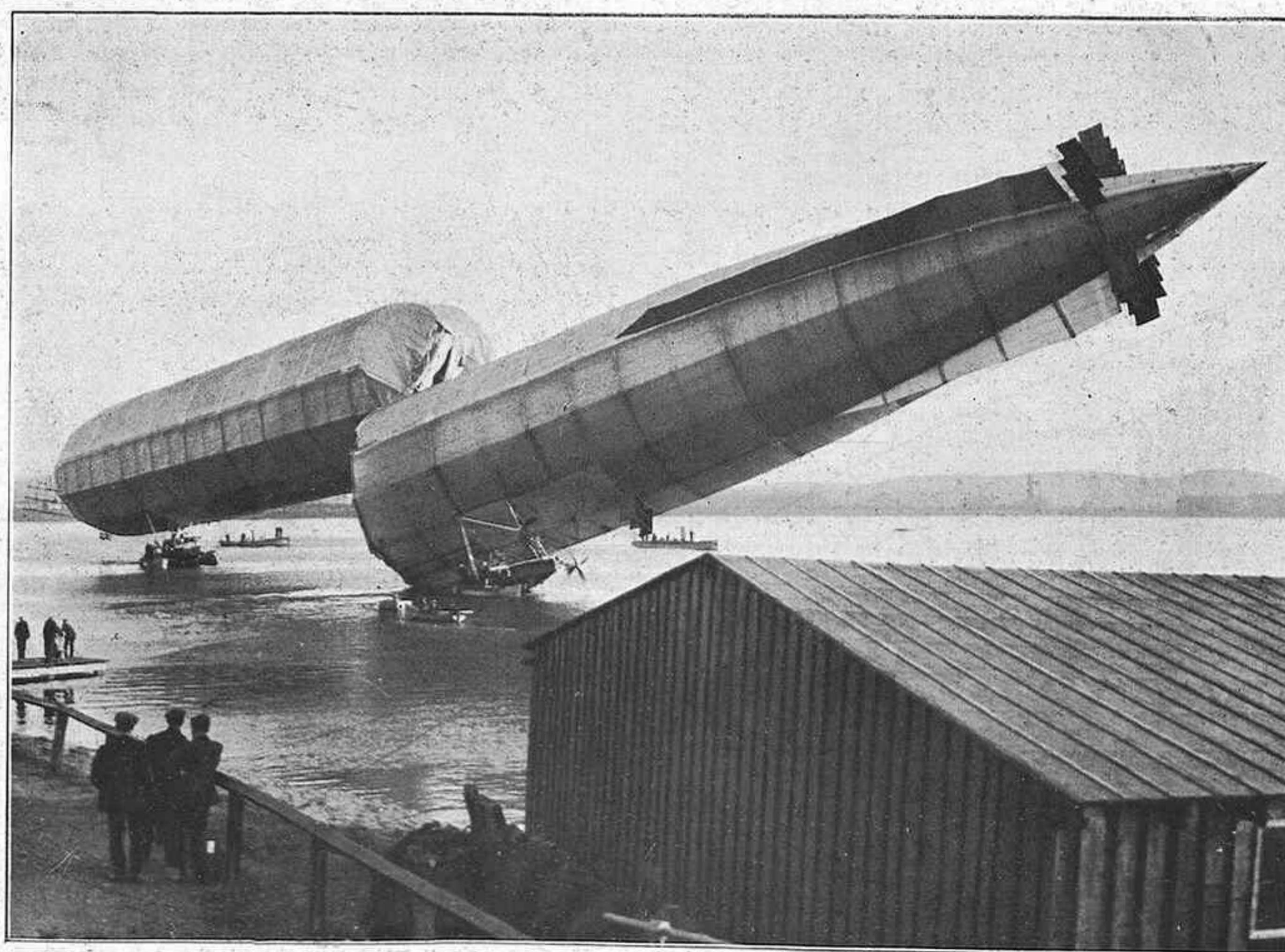
Aquella misma tarde, el ministro de Marina, á bordo del *Lavoisier*, dirigióse á Lorient, adonde llegó pocas horas después. Al día siguiente, por la mañana, desembarcó, visitó la Casa Consistorial, almorzó



Lorient.—Botadura del acorazado de 23.000 toneladas «Courbet.» (De fotografía de Branger.)

razados *Jean Bart* y *Courbet* se puso hace poco menos de un año y se cree, con fundamento, que á

por 16 de diámetro y lleva en su interior once globos llenos de hidrógeno.



El dirigible naval inglés recientemente destruído en parte. (De fotografía de L. N. A. Photo.)

mediados de 1913 quedarán dispuestos para prestar servicio activo.

sus tripulantes fueron lanzados al aire ó sepultados entre los restos del buque.

LA CATÁSTROFE DEL ACORAZADO FRANCÉS «LIBERTÉ.»

En las primeras horas de la mañana del 26 del próximo pasado septiembre, una explosión espantosa destruyó el acorazado *Liberté* que, junto con otros de las escuadras primera, segunda y tercera, hallábase anclado en la rada de Tolón.

Del relato de algunos testigos presenciales, entre ellos del comandante del *Republique*, que se hallaba á ciento sesenta y cinco metros del *Liberté* y que resultó con importantes averías, se desprende que en el buque destruído se produjo un incendio, para atajar el cual fueron impotentes cuantos esfuerzos hizo la tripulación. De pronto, produjéronse algunas pequeñas explosiones, á las que, al poco rato, sucedió otra formidable; el *Liberté*, partido en dos mitades horriblemente destrozadas, se hundió rápidamente, y

Los demás barcos de la escuadra, en cuanto advirtieron el incendio, enviaron embarcaciones de auxilio; á muchas de éstas alcanzaron los efectos de la explosión, siendo varias las que zozobraron y numerosos los tripulantes de las mismas que murieron. También alcanzaron á los otros buques, en algunos de los cuales, aparte de las averías, hubo muertos y heridos á consecuencia de los cascos y proyectiles del *Liberté* que sobre ellos cayeron.

La lista oficial de las víctimas señala 210 muertos ó desaparecidos, 136 heridos graves, de los cuales varios han fallecido después, y 48 heridos leves.

Respecto de las causas de la catástrofe, nada positivo se sabe todavía: según unos, fué debida á una descomposición de la pólvora B ó blanca; según otros, á un incendio que no pudo ser dominado y que se comunicó al sollado de las pólvoras. Esta última hipótesis parece ser la más probable, pues concuerda con los relatos no sólo de los testigos antes mencionados, sino también de algunos tripulantes del *Liberté* que se salvaron.

El *Liberté* había sido botado al agua en 1905 y había comenzado su servicio en 1908. Tenía 133'80

ras desarrollaban 20.500 caballos de fuerza y en las pruebas había dado una velocidad de 19'30 nudos por hora. Montaba cuatro piezas de 305 milímetros, diez de 194, trece de 65, diez de 47 y dos tubos lanzatorpedos submarinos.

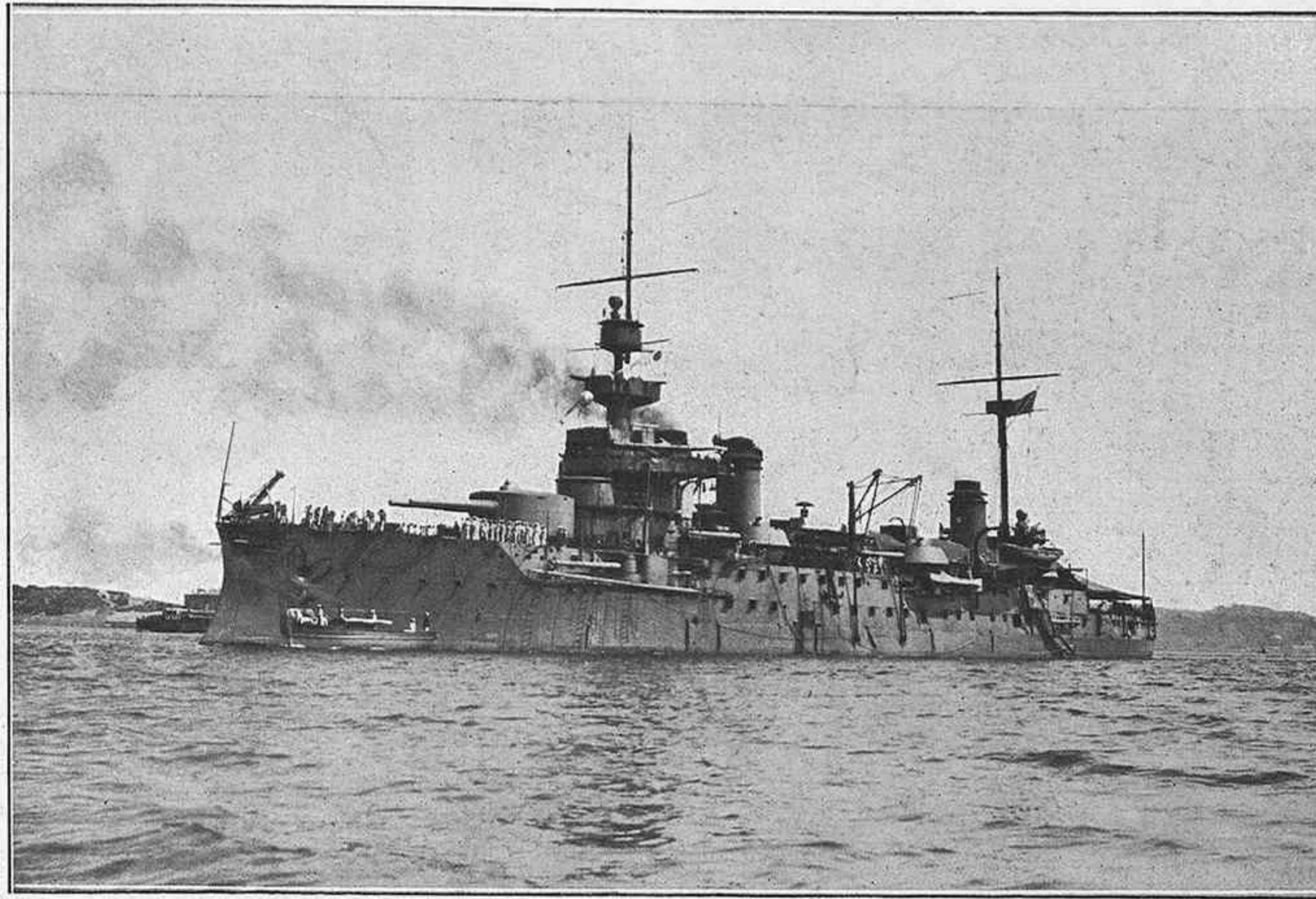
Su protección estaba asegurada por un puente acorazado de 50 á 70 milímetros de grueso y por una coraza, en la flotación, de 280 milímetros en el centro y 180 en las extremidades.

La coraza de las torres de la artillería de gran calibre era de 320 milímetros; la de la artillería media, de 200.

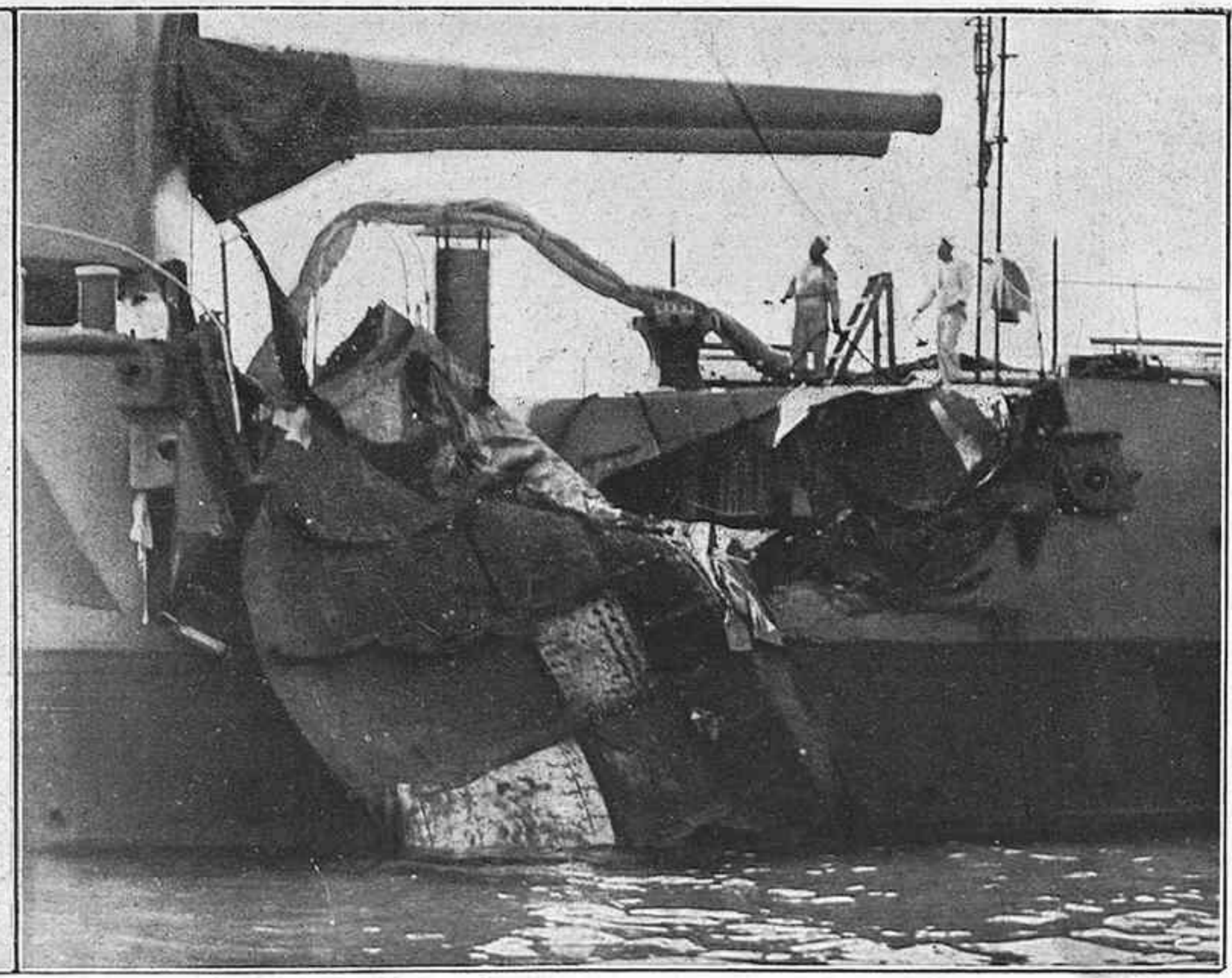
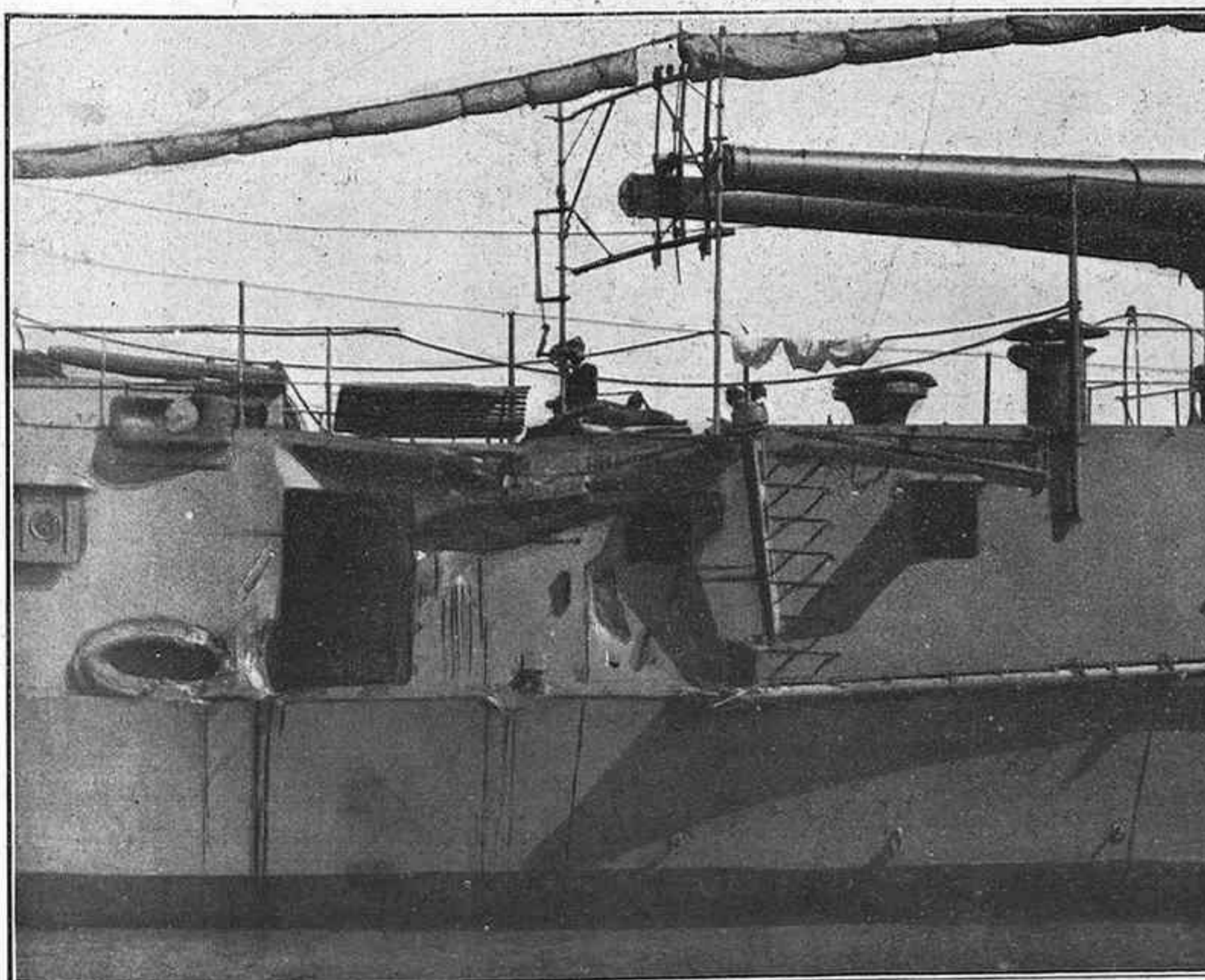
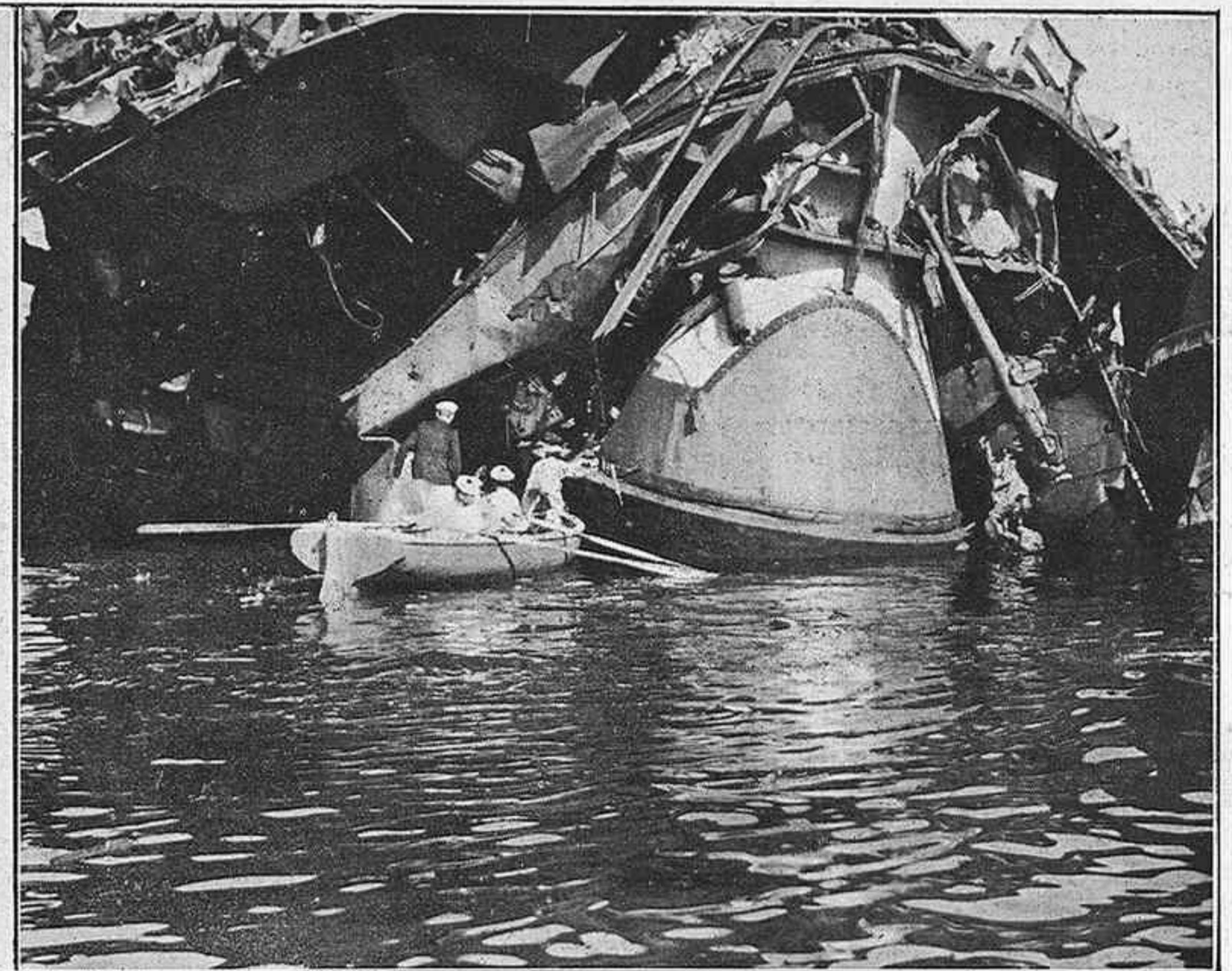
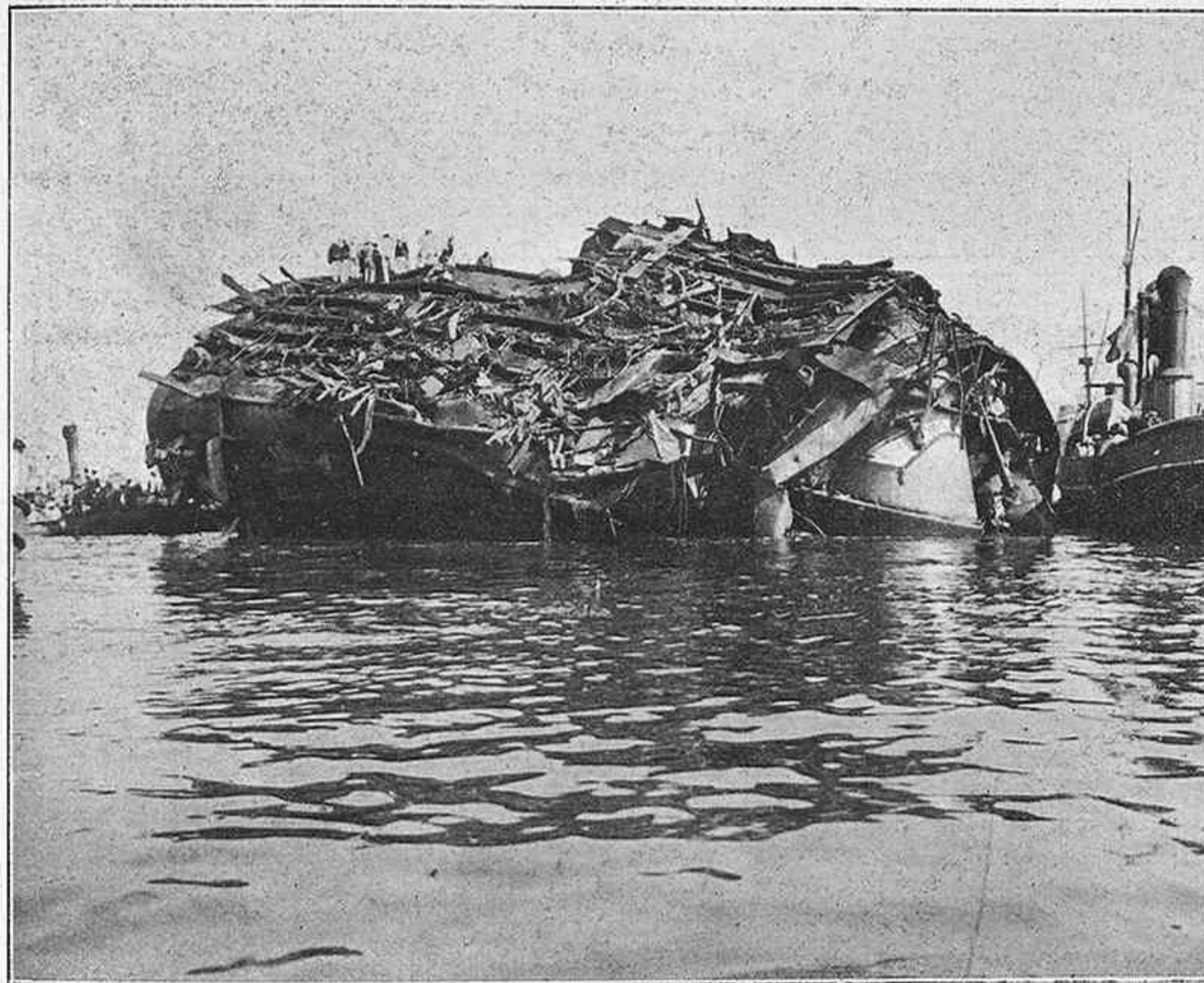
El *Liberté* había costado cuarenta y cinco millones de francos.

A consecuencia de la explosión sufrieron averías importantes los acorazados *Republique*, *Democratie* y *Verité*; en el primero se hundieron dos puentes, y una plancha de blindaje del *Liberté* perforó y destruyó una parte de la proa.

La catástrofe del *Liberté* ha causado profunda emoción en Francia, á la que han enviado sentidos pésames todas las potencias.—R.



El acorazado francés «Liberté» destruido á consecuencia de una voladura en el puerto de Tolón el día 26 de septiembre último. (De fotografía de Rol.)



Vista general del «Liberté» después de la explosión.—Vista de la popa del «Liberté» después de la explosión.—Los acorazados «Democratie» y «Republique» que sufrieron importantes averías á consecuencia de la voladura del «Liberté.» (De fotografías de Branger.)



HORAS PLÁCIDAS, REPRODUCCIÓN DEL NOTABLE CUADRO DE M. GOODMAN, grabado por Ricardo Bong



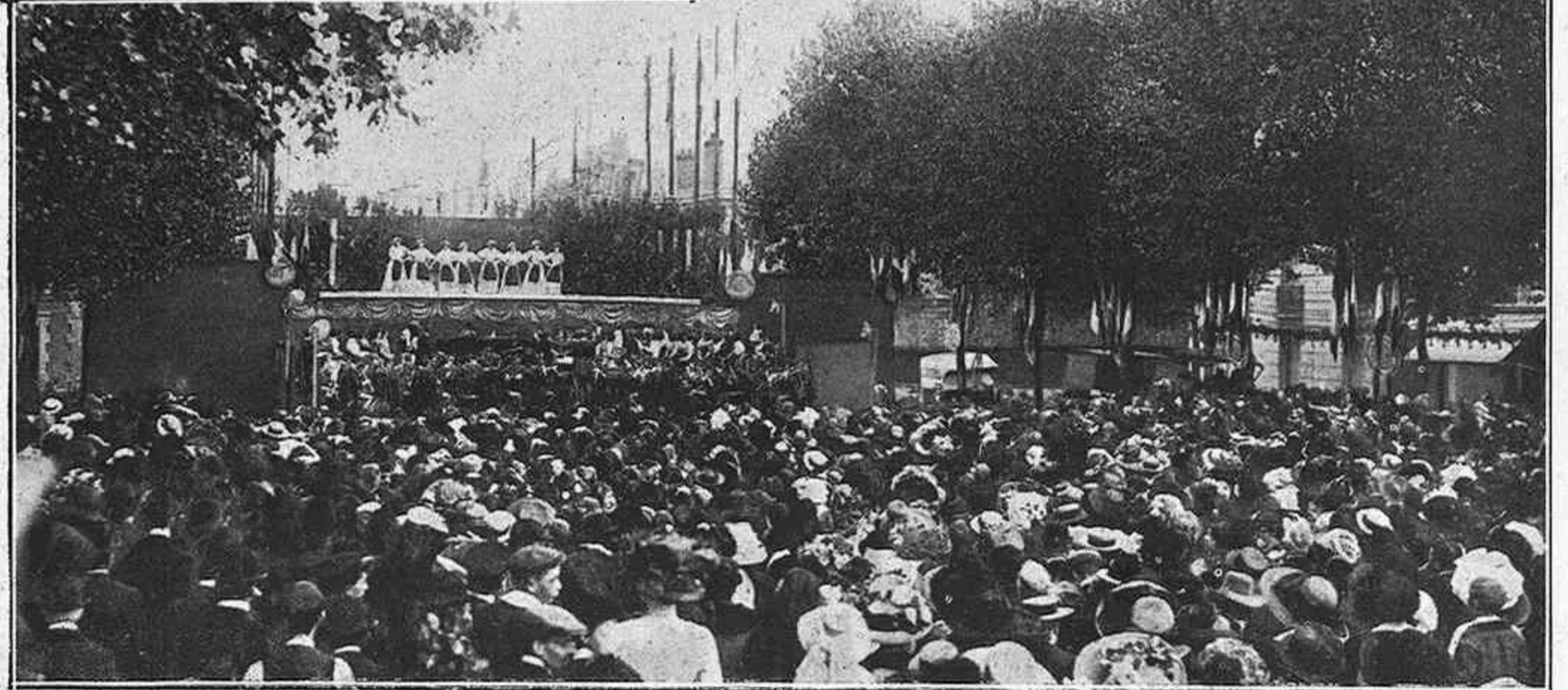
Enghien-les-Bains.—Representaciones al aire libre por los artistas del Conservatorio popular Mimi-Pinsón.—Una pantomima.

LAS FIESTAS DE ENGHIEU-LES-BAINS

El domingo 24 de los corrientes celebráronse en la linda población de Enghien-les-Bains grandes fiestas organizadas por el Comité local de festejos con la cooperación del Conservatorio popular de Mimi-Pinsón y dirigidas por el eminente compositor Gustavo Charpentier.

Desde las cuatro á las seis de la tarde y desde las nueve á las once de la noche, en un escenario artísticamente decorado que se alzaba en la plaza del Mercado, los coros, los músicos y las bailarinas del mencionado Conservatorio, representaron diversos y entretenidos espectáculos, entre los que sobresalieron las danzas y las pantomimas, y cuya dirección corrió á cargo de los notables profesores de aquella entidad, el incomparable mimo Jorge Wague, el decano de los cancioneros de Francia Marcelo Legay, el catedrático del Conservatorio Nacional de Música Emilio Schwartz, el subdirector del Conservatorio popular y distinguido compositor Francisco Casadesú, y las artistas Antonina Meunier, de la Opera, y María de L'Isle, Julia Chevalier y Paulina Vaillant, de la Opera Cómica.

Las funciones así de la tarde como de la noche terminaron con el hermoso *Canto de apoteosis*, poema de Saint Georges de Bonhelier, música de Gustavo Charpentier.



Las danzas. (De fotografías de Carlos Delius.)

El espectáculo resultó brillante bajo todos conceptos, produciendo un efecto hermoso ver evolucionar al cuerpo de baile bajo las proyecciones de las luces eléctricas, mientras acompañaban las danzas los coros y la orquesta, compuestos de la Armonía del *Journal*, de la Armonía municipal de Enghien y del Coral moderno, que formaban un total de doscientos cincuenta ejecutantes dirigidos por Emilio Schwartz.

Al mismo tiempo que estas fiestas al aire libre, celebróse una función en el teatro del Casino municipal, habiendo tomado parte en ella las Sras. Hatto, Chenal, Mary Garden y Lucila Panís, los Sres. Van Dyck, Renaud y Campagnola y otros artistas de la Opera, y Jorge Petit, de la Gaieté-Lyrique, que cantaron actos de *Sigurd*, *La Walkiria*, *La Tosca* y *Thais*. Además, las Sras. Regina Badet y Bade y el Sr. Rouyer representaron una escena de *La femme et le pantin*.

En el programa de esta función teatral figuraban otros varios números que fueron ejecutados por los artistas, los coros y la orquesta del Casino.

Las fiestas dejaron complacidos á los numerosos forasteros que veranean en Enghien les-Bains, una de las más deliciosas estaciones termales de Francia.

MONUMENTO A PETOEFI

Hace poco se ha inaugurado en Presburgo (Hungria) el monumento que adjunto reproducimos y en el que se glorifica la memoria no sólo de un gran poeta, sino también de un eminente patriota que murió heroicamente combatiendo por la independencia de su país.

Sandor Petoefi nació en Felegyháza (pequeña Rumanía) en 1823. Hijo de pobres aldeanos, su padre le puso en un colegio de Schrennitz; pero el muchacho, indócil á toda disciplina, escapóse de aquel establecimiento cuando apenas contaba diez años y huyó á Pesh, en donde logró entrar como ayudante de maquinista en el teatro. Allí fué á buscarlo su padre, quien se lo llevó á su pueblo, no sin castigarle duramente; pero pocos años después fué de la casa paterna y se alistó en un regimiento de husares. Al cabo de dos años hubo de abando-

nar el servicio militar por motivos de salud, llevando entonces una existencia aventurera. Fué primero estudiante y luego actor, y con una compañía nómada recorrió gran parte de Hungria representando traducciones de Shakespeare. En aquel entonces comenzó á publicar algunas poesías que dieron á conocer ventajosamente su nombre y aunque, gracias á esto y á algunos trabajos literarios que le encanaron, hubiera podido vivir con relativo desahogo, su pasión por el teatro le hizo abandonar aquella vida tranquila para volver á ser actor; pero fracasó en esta nueva tentativa y dejó la escena.

La publicación, en 1844, de un tomo de sus poesías fué un verdadero acontecimiento literario y le puso de pronto en primera fila entre los poetas húngaros. A partir de aquella publicación, Petoefi trabajó con actividad infatigable y dió á la estampa multitud de obras, entre las cuales sobresalió *Janos, el héroe*, maravillosa epopeya pastoral y guerrera que muy pronto se hizo popular y cuyas estrofas se cantan aún en toda Hungria.

En 1847 se casó, pero la lucha por la independencia en que se agitaba su patria arrancóle de las dulzuras del hogar para llevarle á los campos de batalla. «El día en que la patria ne-

cesitará de mi brazo, dijo en su poesía *Mi esposa y mi espada*, mi esposa será quien te ceñirá á mi cinto y quien me enviará á combatir por la libertad.» Llegado este día, fué elegido capitán de uno de los batallones de la milicia nacional y tomó parte en todos los combates que se libraron en las provincias del bajo Danubio. En 1849, el general Bem, que mandaba el ejército de Transilvania y que quería á Petoefi como a un hijo, llamóle á su lado en calidad de ayudante.

En los intervalos de los combates, compuso admirables cantos guerreros, entre ellos *¡Arriba, húngaros!*, que fué la *Marsellesa* magiar, *Ahora ó nunca* y *Canto del combate* que excitaron poderosamente el espíritu público.

Petoefi murió en la terrible batalla de Segeswar, último acto de aquella encarnizada guerra, en la que el ejército nacional húngaro fué completamente aniquilado por los rusos. Su cadáver no fué encontrado y esta circunstancia dió lugar á que en torno del nombre del poeta se formase una leyenda, según la cual Petoefi reaparecerá algún día para entonar de nuevo la *Marsellesa* de la independencia, reanudar la lucha y libertar á la patria del yugo extranjero.

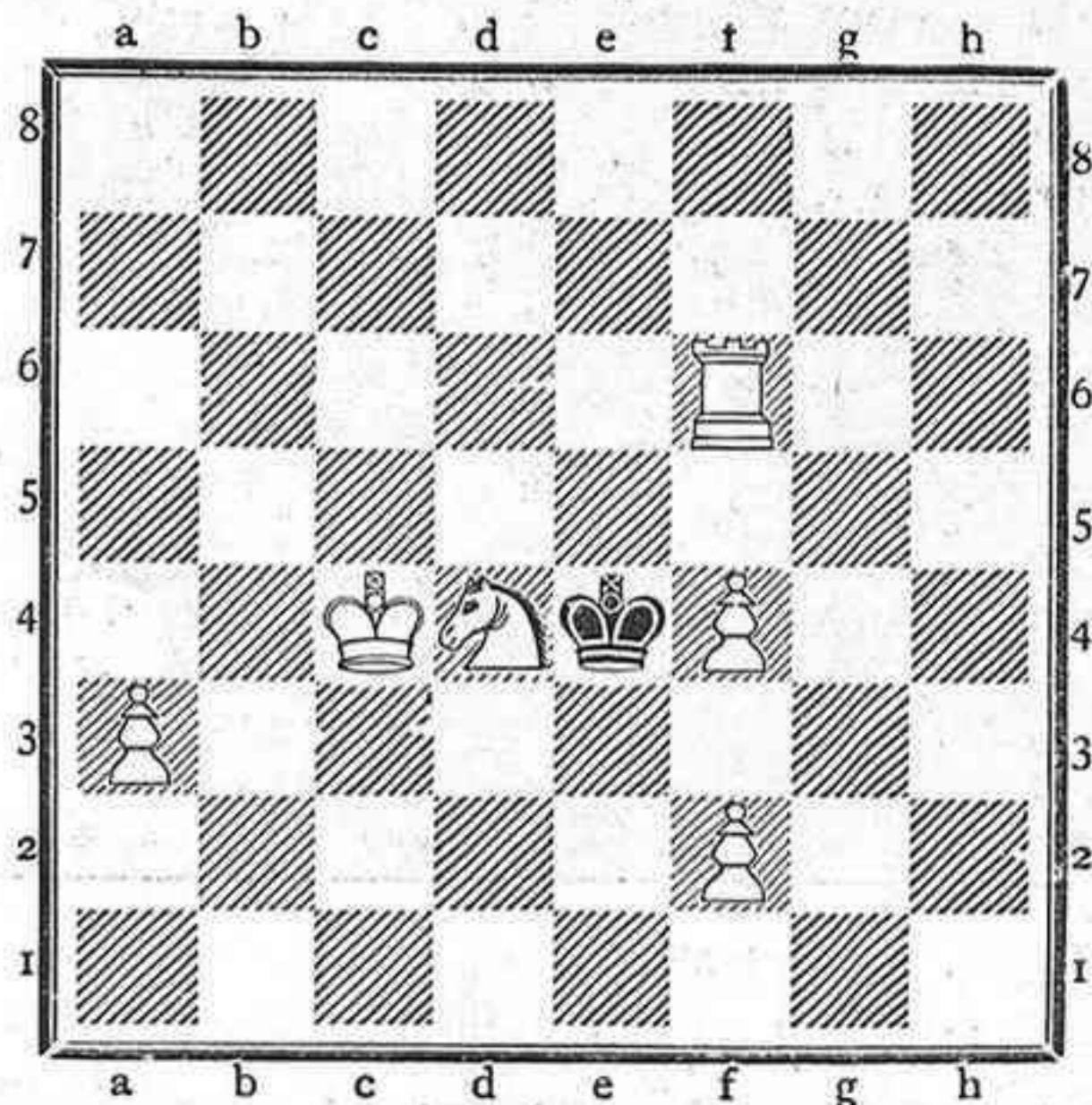


Monumento recientemente inaugurado en Presburgo (Hungria) á la memoria del poeta Petoefi. Obra del escultor Bela. (De fotografía de C. Delius.)

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 571, POR W. J. BAIRD

NEGRAS (1 pieza)



BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 570, POR Z. MACH

Blancas

Negras

- 1. d2-d4
- 2. P, C ó D mate.

I. Cualquiera.

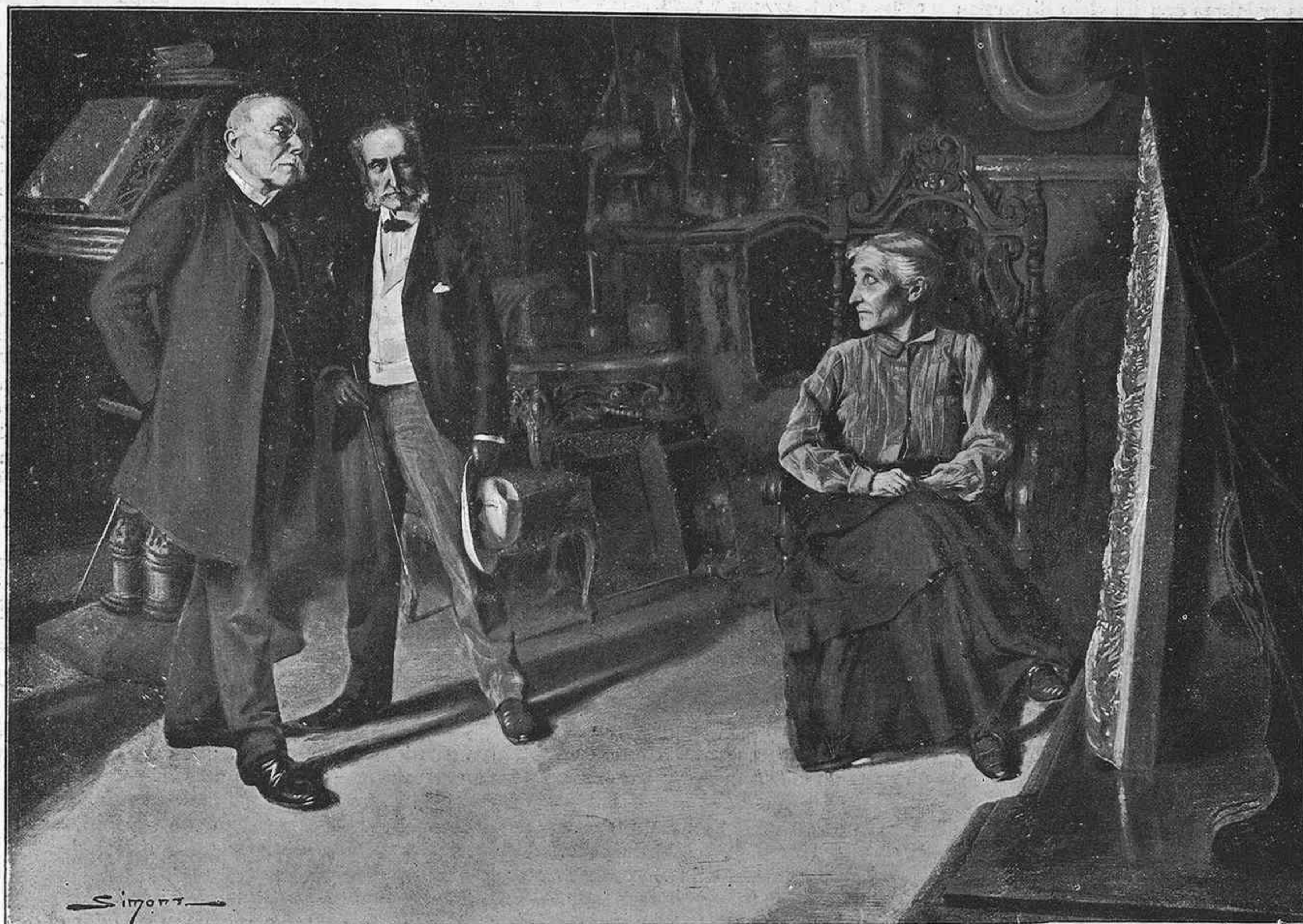
LA COLECCIONADORA

NOVELA ORIGINAL DE J. H. ROSNY.—ILUSTRACIONES DE SIMONT. (CONTINUACIÓN)

«¿Por qué sortilegio ha puesto su confianza en mí, que la he traicionado tan audazmente, y me obliga á moverme dentro de un círculo de hipocresía y de mentiras?»

ronnaye rogándole que una mañana pasara por su casa. Aquello le tranquilizó; los espectros se desvanecieron y se sintió libre de una gran preocupación. Una fuerza extraña le unía á la coleccionadora; inte-

Isabel le pareció aún más culpable porque abandonaba á los Ferronnaye en el seno de una sociedad tan dura todavía y en la que los bienes de familia han acabado por ser el cariño único.



Gravois representó á las mil maravillas su papel...

Este problema era rudo y evocaba todos los espectros de Banco, todas las estatuas del Comendador, símbolos del remordimiento presentido por el pueblo que hace que el hombre huya presa del espanto, como fiera acosada y sin que nadie pueda salvarla de la jauría.

«Pero, se decía Carlos Jorge sonriendo, la asimilación sería singular, porque ¿es un crimen, al fin y al cabo, salvar á una familia de las malas intenciones de una parienta culpable? ¿Bastará que un acto sea ilegal para que engendre remordimientos? ¿Llenaré de improperios á Carlota Corday por haber matado á Marat? ¿Qué alma pusilánime y supersticiosa ha surgido en mí? A pesar de todo, iré hasta el fin para asegurar á Ferronnaye una herencia legítima; y si por ello he de sufrir, sufriré.»

Algunas veces, la idea nefasta, como él llamaba á aquella obsesión, revestía otro aspecto. ¿Habría Jacobita aprobado su acción? Creía fervorosamente que sí; sin embargo, nada se oponía á que le despreciara; y ya se figuraba descubrir una frialdad en casa de Ferronnaye, y ser para el editor esa cosa odiosa que se denomina el cómplice. Estos pensamientos le agitaban todo el día hasta el punto de que exclamaba suspirando:

«Lo que no tiene duda es que he perdido el reposo.»

Con el más insignificante pretexto dejaba su buril y se iba á vagar por las calles, presa de una fiebre creciente. Su amor por Jacobita sufrió muy pronto los efectos de aquella agitación, y hubo noches en que una locura apasionada le echaba á la calle únicamente para pasar por delante de las ventanas de su amada. El juicioso Laty no se reconocía dominado por aquel frenesí; él, que si había estado siempre dispuesto á verter su sangre por los demás, era para sí mismo resignado.

Un día, al fin, recibió una esquila de Isabel Fe-

resábale el afecto de ésta, porque en él encontraba un calmante para sus temores, y al mismo tiempo lo temía á causa del remordimiento. Casi alegre encaminóse al bulevar La Tour-Maubourg, y por el camino preguntóse si la enfermedad podría acaso modificar el corazón de aquella pobre mujer hasta el punto de que rompiese su antiguo testamento y adoptase una determinación conforme con la justicia.

«... ¡Ilusión absurda, infeliz!, pensó. La tía Isabel no es de madera á propósito para esto. Pero también ¿qué extravagancia ha hecho que aborreciese á Ferronnaye? Cuántas se habrían considerado dichas de tener un sobrino activo é inteligente como ése; porque, al fin y al cabo, él siempre ha salido adelante y ha podido educar á su hija y vivir con lujo. ¡Pobre hombre! La suerte que tan fácilmente adjudica grandes herencias ¿por qué no podía reservarle á él ese premio gordo?»

Entristeciéndose y apresuró el paso. Las calles le parecieron sombrías bajo la claridad difusa y con su asfalto semejante á esos lienzos, siempre sucios, que en ciertas casas se extienden sobre las alfombras.

El viento levantaba un polvo preñado de miasmas mórbidos; al pie de los árboles, encerrados en su corsé de hierro, yacían detritus de toda clase, papeles grasientos, pieles de naranja, mendrugos secos de pan y cascotes de botella, que revolaban tres chiquillos, con ansias de chacales y vestidos de una manera extravagante, con pantalones y chaquetas recortados. Aquellos chiquillos, dichosos y grotescos, reían, y al través de sus harapos veíanse sus pobres cuerpos desnudos.

«¡He aquí en lo que viene á resumirse el trabajo inmenso de los siglos!, pensó Laty dando un suspiro. ¿Qué niños salvajes de Africa son más dignos de lástima y están en mayor abandono que éstos? En verdad que podemos sentirnos orgullosos de nuestra obra.»

«¿No hubiera podido siquiera amar á Jacobita?.. La pobre niña le habría entregado gozosa su corazón.»

Y se imaginó aquella gracia suprema, la luz de un espíritu joven y delicioso al lado de la triste y áspera coleccionadora.

«¡Pobre vieja imbécil!,» pensó.

Y dominado por un inmenso cariño á los Ferronnaye llegó á la casa del bulevar de La Tour-Maubourg.

Talia estaba lavando las cacerolas.

—La señorita ha salido porque ha venido á buscarla un señor alto y flaco; pero me ha dicho que la espere usted en el salón.

¡Esperar en el salón, junto al mueble de Boule cuya llave él tenía! Laty hizo ademán de marcharse.

Talia le entretuvo, sin embargo, un buen rato, contándole las nuevas extravagancias de su ama, que se pasaba los días cambiando los objetos de sitio.

—¿Y qué hace cuando vuelve? Dejarlo todo como estaba antes. Por fuerza se le ha aflojado algún tornillo, pues antes no se entretenía en tales tonterías.

Laty pensó que la pobre vieja sentía los efectos de la anemia complicados con una duda que tenía su punto de partida en la desaparición del testamento. Y siendo así, ¡era él, Carlos Jorge, el causante de su manía! Mientras Talia charlaba desenfrenadamente, el joven se imaginaba á la coleccionadora vagando, como otra lady Macbeth, por sus salones llenos de obras maestras y gritando: «¡El testamento! ¡El testamento!»

—Aquí está, dijo de pronto la criada, con tendencia á evadirse pero conteniéndose en seguida.

Isabel hizo entrar á Laty en el salón que parecía más desordenado aún que de costumbre por ser mayor el número de objetos en él diseminados.

—No haga usted caso, dijo la solterona... Me es-

toy ocupando en una clasificación definitiva antes de perder totalmente la memoria.

—Acaso lo malo no sea su memoria sino su método, respondió Carlos Jorge.

—Podría creerlo así de no haber sido tan repentina la caída; pero hace ya bastante tiempo que me di cuenta de mi debilidad. Ultimamente un síncope ó una congestión hizo caer sin sentido y luego vino la historia de ese sobre. ¿se acuerda usted?

El joven murmuró vagos consuelos y después los dos quedaron silenciosos contemplando las fruslerías esparcidas por la estancia.

—Mire usted, dijo al fin Isabel; he amado todas esas cosas, que han sido la preocupación constante de mi vida, y al sentir que se escapan de mi memoria pareceme como si perdiera la sangre de mis venas.

Pronunció estas palabras con un dejo de melancolía y de alucinación.

—¿No es verdad, respondióle Carlos, que ha amado usted demasiado las obras y no ha amado bastante á las criaturas?

—Si hubiese amado á las criaturas me encontraría seguramente en la misma situación, porque esa debilidad es constitucional; mis arterias se endurecen como se endurecieron las de mi padre y de mi hermano, y ésta es la causa de todo... No obstante, no niego mi presente tristeza, ni tampoco niego que todas esas cosas, por el hecho de ocupar menos sitio en mi memoria ocupan también menos sitio en mi existencia. Les debo, sin embargo, los únicos instantes buenos que he conocido; su belleza ha hecho palpar mi corazón. No puede usted imaginarse el placer que se siente teniendo en la mano una de esas maravillas y diciéndose: «¡Es mía, y si quiero, nadie la verá!» Me figuro que un gran amor ofrece impulsos de éstos; pero yo no tengo, ni aun de un modo lejano, la idea del amor, pues desde muy joven se apoderó de mí la pasión por las antigüedades que desde entonces jamás me ha abandonado.

Laty la escuchaba con interés.

—Veo agostarse la pasión que me hacía vivir, siguió diciendo Isabel... Quizás he partido demasiado de la idea única de la belleza y del placer, y esto me recuerda una frase del célebre Goncourt, con quien consentí en trocar una serie bastante curiosa de estampas de colores: «Señora, me dijo, el amor á la chuchería me habría matado, si no hubiese amado al mismo tiempo la novela y la historia.» Entonces me rei de aquella frase; después la encontré profunda y hoy me parece amarga.

—No se desanime usted, dijo Laty; cuide su salud y distráigase.

La anciana sonrióse con expresión afligida que impresionó á Carlos Jorge, porque éste, hasta entonces, no había visto en ella más que á la autócrata.

—Mis antigüedades ya no me cautivan como antes, murmuró... Y creo recordar que un autor ha dicho que estos cambios de carácter en las personas de edad avanzada son el más seguro indicio de muerte.

—¿Qué tontería!, exclamó el grabador.

—¿Y por qué no he de morirme?... Es preciso... En estos últimos tiempos he lamentado, sin duda á causa de mi debilidad, no haber tenido antes un amigo como usted.

—¿Yo, yo un amigo!, balbuceó Laty.

—¿Le disgustaría á usted serlo?... Confieso, y bien puedo hacerle esta confesión, que su carácter de bondad y de lealtad me ha seducido.

—Y sin embargo, al lado de su sobrino de usted no soy más que un imbécil. ¿Existe mejor corazón que el suyo, alma más grande y generosa que la suya?

—No quiero saber nada de él, y opino que no le conoce usted... No quiero decir que sea malo; pero está en su modo de ser, como estaba en el de mi hermano Gustavo, á quien detesté, el arruinar á todos los seres que le rodean. ¡Oh! Bien sé que tampoco yo he sido un prodigio de sensibilidad, pero siempre he tenido empeño en no inmiscuirme en lo de los demás; les he dejado vivir como han querido; que me dejen ellos á mí morir tranquila.

Suspiró y añadió mirando á Laty:

—Hágase usted cargo de que creería yo obrar mal dándole mi fortuna que se deslizaría entre sus dedos, porque no es hombre para detenerse en una pendiente. ¿A qué sacrificar esta magnífica colección para que Antonio pudiera hacer ostentación de su jactancia durante algunos años?

—Le juzga usted mal... ¿Y su esposa, y Jacobita?

Isabel, como muchas solteras, aunque la mayoría de ellas no sea así, no amaba á las mujeres; así es que respondió secamente:

—¿No hablemos de ellas!

Laty no se atrevió á insistir. Hubo una pausa, durante la cual el joven se sintió turbado entre tantos objetos bellos diseminados en el salón bajo la cruda claridad de las ventanas sin cortinas. ¿Acaso aquellos

objetos no eran cosas muertas, símbolos de cosas muertas? La belleza no es necesariamente la vida, antes bien no parece esplendente sino después de la desaparición de los contemporáneos. Carlos Jorge que conocía por experiencia los tanteos y los pesares del artista, no podía menos de sentir cierta melancolía á la vista de aquellas obras maestras. Y por si algo faltaba, veíase en presencia de aquella pobre vieja, de negro vestida, árida y sombría en su pasión, á quien preocupaba la transmisión de su recolección de hormiga y á quien ponía furiosa el encontrar en su familia cigarras.

De pronto Isabel le dijo bruscamente:

—¿Aceptaría usted la misión de conservar hasta mi muerte un codicilo á mi testamento?

—Preferiría que se la encargase á otra persona, respondió Laty con viveza.

—¿Qué teme usted?

—Nada, pero tengo escrúpulos.

—Pareceme que cumpliría usted firmemente una promesa.

—Si la hiciese, seguramente la cumpliría..., pero detesto las promesas solemnes.

—Usted no es sensible al lucro; si lo fuese, le diría que este codicilo contiene una disposición á favor de usted.

—¿A mi favor! ¿Y dónde deja usted mi amistad con Ferronnaye?

—Su amistad con Ferronnaye nada tiene que ver en esto, desde el momento en que está convenido que, á mi muerte, mi sobrino tendrá una renta vitalicia de dos mil francos. Además, no me ha sido usted presentado por él, añadió creyendo descubrir la índole del escrúpulo que asaltaba á Carlos Jorge.

—¡Ah!, exclamó éste como si el argumento le hubiese convencido.

Porque de pronto un sentimiento de prudencia le había hecho comprender que puesto que tan metido estaba en la aventura, más valía que el afecto de la coleccionadora se desviase hacia él que no hacia otra persona. Ciertamente comenzó á encontrar la carga pesada y que nada le horripilaba tanto como corresponder á un buen proceder con la hipocresía, que es el precio que suelen costarnos nuestros actos clandestinos; pero Ferronnaye, Irene y Jacobita llenaban por entero su corazón.

—¿Reflexiona usted?, preguntó la solterona.

—Sí; pensaba en cuán extraño es que sienta usted ahora tanta simpatía por mí, que hace poco era para usted un desconocido.

—También me extraña á mí; sólo que la extrañeza de usted es hija, más que la mía, de prejuicios. Usted cree en los afectos lentos y fuertes, en la familia, y á mí me inspira horror todo lo que no es resultado de una selección voluntaria. ¿Cree usted que yo encontraría bellos unos muebles, unas chucherías ó unos cuadros porque pertenecieran á mi familia? Esto es lo que menos me interesa. Substituída la religión del recuerdo por la de la belleza, soy consecuente conmigo misma prefiriéndole francamente á usted á mi sobrino que no es sino una especie de bandido, al paso que usted tiene un corazón hermoso, un alma de artista desinteresada, leal y..., sacrificada.

Laty estaba tan confuso que se sonrojó.

—¿De dónde saca usted todo eso?, preguntó. He tenido suerte y nada más. No puedo encontrar mala la vida, en la que he conquistado una buena reputación gracias á una profesión que amo... No crea usted, por lo demás, que soy insensible á su simpatía...; al contrario estoy sorprendido y encantado de ella. Lo único que yo quisiera es persuadir á usted de que no debe ir tan lejos por este camino; su audacia de coleccionadora podría costarle cara.

—No lo creo así, antes bien estoy casi segura de que obrará usted tal como yo deseo. Por otra parte, voy á quitarle todo motivo de escrúpulo: en el caso de que no aceptase usted la disposición á su favor que contiene el codicilo, le permito romper ese papel y atenerse al testamento.

—Siendo así, dijo gravemente Carlos Jorge, acepto el cumplimiento del encargo que usted me impone.

—En mi testamento, todo lo lego al Museo del Louvre.

—Lo que no apruebo.

—¿Cómo!

Por primera vez Isabel miró con desconfianza al grabador, quien temió haber ido demasiado lejos; pero estaba de Dios que aquel día la coleccionadora tendría paciencia para todo.

—Mi colección no ha de perecer.

—Si todo el mundo hiciese como usted, no quedaría nada por coleccionar.

—¿No le satisface á usted pensar que unas obras maestras están para siempre al abrigo de la destrucción?

—Ciertamente, y sin embargo hay algo en la idea de destrucción que me seduce.

—¿La destrucción! ¡Si es la nada!

—También es el uso. Una porcelana de Sajonia que se utiliza es una estética viviente que puede inspirar á un artista de muy distinto modo que la misma porcelana encerrada en una vitrina... Ha habido coleccionadores que han comprendido esto, que han comprendido que la vida de las cosas bellas no está solamente en los museos... y han querido que lo que ellos idolatraran fuese idolatrado aun después de su muerte. Y aun en el caso de que hubiese de perecer una parte, han creído que con ello saldría ganando el resto. La curiosidad es una facultad que necesita ejercicio. ¿Es acaso un gran mal tener que correr un poco para encontrar el objeto de su ideal, de su esperanza? Bien sabe usted que no, puesto que lo ha hecho toda su vida. Si hay que hacer justicia á los esfuerzos de usted, no me parece indispensable para ello que el Estado posea los objetos por usted descubiertos; el solo hecho de haber pertenecido á usted los señalará para que sean conservados. Tal fué la suerte de la colección de Goncourt, por ejemplo, para citar un hombre de gusto perfecto. El artista á quien á usted le gustaría favorecer mediante la reunión de sus riquezas en una sala, pareceme semejante á esos niños que no pueden abrir la boca sin que se les meta en ella una cucharada de papilla. La excesiva facilidad nos perjudica; la mayoría de los que copian en el Museo del Louvre son los chalanes de la pintura, cuando no son los profesionales de la copia. Un artista es un hombre que corretea y de cuando en cuando se para delante de una cosa bella y en ella se inspira...

—¿Vaya un alegato! ¿Se atreverá usted á decir que las colecciones inmensas reunidas en el Louvre no le han producido un placer inmenso?

—En efecto, me lo han producido, pero el placer no habría sido sensiblemente menor si delante de mí no hubiese tenido más que la cuarta parte ó la tercera de aquellas obras maestras... Hay que ser franco ¿no es verdad? Pues bien, más he sacado de la vida que del museo; en ella he tenido que descuidar muchas cosas. Mis mayores goces me los han proporcionado quizás unas cuantas fotografías, reproducciones de Holbein y de Alberto Durero, libros viejos comprados en los muelles, en una palabra, mi colección..., porque todo el mundo tiene la suya.

—Lo comprendo, lo comprendo perfectamente. Acaso en usted hay la pasta de un coleccionador.

—Supongo que no tendrá intención de legarme la suya, dijo Laty con risa forzada.

—¿Y por qué no?

—Ya se lo he dicho á usted.

—¿Qué carácter tan singular el de usted!.. ¿Quisiera usted, pues, que me confiara al droguero de la esquina?

—Hablando francamente, respondió Carlos Jorge con cierto espanto, tampoco esto me gustaría. Ya sabe usted que mi gusto sería que se lo dejase todo á los Ferronnaye; pues bien la única cosa que me impide no acceder á la petición de usted es mi deseo de no perjudicar á mis amigos; pareceme que debo permanecer aquí para defender su causa.

—¿No he afirmado á usted ya mi resolución?

—Sí, pero repito que no la apruebo.

Isabel le miró con expresión que comenzaba á ser colérica, pero al verle impasible, pareció dulcificarse.

—¿De modo que no puedo contar con usted?

—No digo esto.

—¿Le gustaría que hiciese algo por Ferronnaye? Quedóse un momento pensativa y después añadió:

—Pues bien, haré algo, con la condición de que me prometa usted leer atentamente mi codicilo.

Carlos Jorge comprendiendo que no arriesgaba gran cosa, puesto que lo principal quedaba de todos modos para el Museo del Louvre, respondió:

—Corriente, me obligó á ello... Pero ¿qué me promete usted para Ferronnaye?

—No vava usted á figurarse que voy á hacer un gran sacrificio.

—Tengo una idea sobre esto; pero sería en mí un gran atrevimiento exponérsela.

—No importa, dígala usted.

—Me parece que no puede negarse á Ferronnaye una gran actividad y cierto mérito mercantil é industrial.

—Aparte de que le emplea á usted, aunque sea para malos grabados, en lo demás estimo en muy poco lo que hace.

—¿De modo que está usted al corriente de sus negocios?

—Hace confitería literaria, respondió Isabel sonriendo vagamente... Podrían haberme sido simpáti-

cos libros raros y verdaderamente bellos; pero ese horrible lujo de similar, esas tintas apagadas que sólo pasman á los bobos, no, eso no me gusta.

—Usted no tiene en cuenta las dificultades. El público, el gran público demuestra un gusto infantil y, al fin y al cabo, Ferronnaye hace buenas vulgarizaciones. Algunas de sus ideas son realmente elegantes, pero lucha con trabajo contra la corriente. Dos ó tres veces ha estado á punto de triunfar..., y habría triunfado de no haberse encontrado en la situación embarazosa en que le puso el pecado de origen, esa llaga mortal de la falta de dinero en los comienzos.

—Es amigo de usted y no me extraña que usted le defienda; pero usted no le conoce... En fin, suponemos que yo quisiera aceptar las ideas de usted. ¿Cuáles son éstas?

—Opino que Ferronnaye puede encontrarse en una crisis que lo abatirá..., y opino también que, una vez pasada esa crisis, si alguien le ayudaba á pasarla, se hallaría para siempre fuera de peligro. Tiene lo que en el oficio se llama olfato y no hará una mala especulación, pero se expondrá á grandes riesgos. Si, en el momento propicio, le aportase usted un capital, aun relativamente pequeño, le abriría usted el camino de la fortuna.

—¡De veras!, exclamó Isabel en tono de sarcasmo... Hay que confesar que tiene usted la candidez en la masa de la sangre; cree usted en la virtud adquirida, en las modificaciones del carácter. Yo en cambio he aprendido, merced á un largo comercio con las cosas de arte, que hay en todo ser un carácter dominante del que no se corrige, como no se corrige un lobo de ser lobo; y he aprendido, además, gracias á un largo trato con los hombres de las chucherías y de los cambalaches, que cada uno de ellos se deja coger siempre por el mismo lado... Cuando Antonio tenga la seguridad, se apresurará á comprometerla en empresas más vastas que las precedentes. Ya sé que éste es el sentido de los modernos negocios, pero con la condición de escalar juiciosamente las operaciones, cosa que jamás hará mi sobrino. De casta le viene al galgo, porque su padre obró como él.

—De todos modos, dijo Carlos Jorge con acento suplicante, tiene usted una probabilidad de hacer un bien. ¿Rechazará usted esa probabilidad?

—En absoluto; se la rechazo á Antonio Ferronnaye, porque la considero inútil y hasta, siguiendo el orden de ideas de usted, pernicioso. Mi sobrino, desde el momento en que yo le ayudase, no haría más que contar con usted y conmigo, que éste es otro de los aspectos notables de esa clase de hombres; no se mueven hasta que se ven con el agua al cuello. Cuando mi hermano Gustavo se veía agobiado, tomaba un coche y venía á mi casa; si yo hubiese abierto mi bolsa, él no habría pensado jamás en buscar por otro lado, mas al ver que yo me negaba á ello, tomaba otro coche y al final de la jornada estaban salvados sus negocios. Aquella falta de energía, no se la perdóné nunca á Gustavo y al verla ahora reproducida en mi sobrino, mi exasperación se ha exacerbado.

—Le juzga usted muy duramente... Ferronnaye ha aprendido mucho.

—Ni ha aprendido ni ha olvidado nada... Hasta la afición á las francachelas, todo lo ha heredado de su padre... Pero dejemos esto y fijemos los términos de nuestro contrato: usted recibirá mi codicilo y en vez de dos mil francos de renta vitalicia, legaré á Ferronnaye doscientos mil francos limpios... Con lo cual le hago un flaco servicio, pues cuando llegue á viejo ni siquiera tendrá lo necesario para comer que yo le había reservado... ¿Está usted conforme?

—Conforme respondió Lety, dichoso por haber obtenido en principio un legado para Ferronnaye.

—Perfectamente... ¿Puedo escribir á usted para rogarle que pase por aquí dentro de unos días?

—Cuando usted quiera... Sin embargo desearía, á causa de mi trabajo, que me avisase usted con un par de días de anticipación.

—Así lo haré.

Isabel se levantó; Carlos Jorge hizo lo propio y durante dos minutos se miraron en silencio. Al fin el grabador dijo:

—Es usted más buena de lo que yo había imaginado.

Al pronunciar estas palabras sentíase avergonzado y abrumado por los remordimientos.

—No soy mejor ni peor, respondió la solterona; no he hecho más que reflexionar un poco ante esa enfermedad de la memoria que me hizo mudar de sitio mi testamento.

Carlos Jorge marchóse con la cabeza baja; aunque no era supersticioso, no podía menos de estremecerse, como si le contasen una historia de aparecidos. El afecto de Isabel le humillaba; la coleccionadora había adivinado el fondo de su carácter, que era el

desinterés más absoluto, pero ¡si hubiese conocido el papel que había desempeñado! Entonces, recordando la frase de Orestes después de su crimen, pensó:

«He obrado bien; esa herencia corresponde á Ferronnaye.»

Pero al mismo tiempo pensaba en sacrificarse por la pobre anciana, en sacarla de debajo de las ruedas de una locomotora, en demostrarle, en una palabra, que lo que había hecho lo había hecho sólo por principio.

X

—Señor, dijo Jacquemín, aquí tiene usted el estado de operaciones.

—Gracias, murmuró Ferronnaye con distracción aparente, ya que desde el día antes no pensaba en otra cosa.

Consultó los papeles y de pronto exclamó:

—¡Ah! La letra de Constans hermanos... No me había usted dicho nada de ella.

—Usted perdone, D. Antonio; mire usted el total y se convencerá.

Ferronnaye levantó los ojos irritados á consecuencia de tres noches de insomnio. El tiempo estaba bueno, pero á él le pareció el cielo gris porque durante su vida había tenido más días de invierno que de verano de vencimientos difíciles.

—Será menester correr mucho, dijo respirando fuerte como un hombre que se ahoga... Había perdido de vista esa letra de Constans.

No era verdad que la hubiese perdido de vista; era su manía de olvidar hasta el último momento los asuntos más delicados. Esa manía descansaba en él en la observación bastante exacta de los prodigios que se realizan cuando el agua llega al cuello, pero también en la pereza hereditaria de que Isabel había hablado á Carlos Jorge. Sin embargo, es ésta una forma fatal en todos aquellos que han esquivado á menudo la catástrofe, y tiene algo de la confianza del marino ó del minero que esperan también, para tener miedo, á que el peligro les ponga la mano encima.

Ferronnaye se decidió al fin á salir de la librería en donde se estaba sin hacer nada desde las nueve. Su larga experiencia le había enseñado que todo iba á depender de la manera como se presentara á los ojos de su gente. El alto comercio parisiense tiene mansedumbres extraordinarias para ciertas empresas, y la mayoría de los acreedores de Antonio eran hombres que en la persona de éste veían un instinto de juego y aceptaban más fácilmente el azar, viniendo de él, del mismo modo que se embolsaban con más gusto el menor beneficio. Desde este punto de vista, Ferronnaye era una especie de caballo de carreras por el cual se apostaba. Había, pues, una parte de ilusión en el esfuerzo formidable de Antonio en los días de importantes vencimientos; pero sin esta ilusión hubiera caído en las peores debilidades, de suerte que el miedo llegaba á ser el sostén de todo su carácter y de su honradez. En resumidas cuentas, podía, á pesar de todo, topar con el individuo en quien se inicia una enfermedad del hígado ó con el «sucesor» tipo de hombre implacable que cifra toda su gloria en corregir las faltas del que le ha precedido; Ferronnaye tenía la noción de estas amenazas y hacía demasiado tiempo que vivía con ellas para no conocer el peligro que entrañaban; pero al día siguiente de la crisis echaba un velo sobre su experiencia y se esforzaba en ver de nuevo ladrillo y cemento allí donde no había más que arena y casquijo.

Almorzó mal, comiendo poco y bebiendo mucho para cobrar energía. Su esposa y su hija le veían vaciar su botella de vino, que dejaba y volvía á tomar, y á los postres pidió un poco de Oporto. Irene no se atrevía á interrogarle y Jacobita estaba nerviosa del mismo modo que están borrachos los alcohólicos, no tanto por efecto de la inquietud presente como á consecuencia de todas las inquietudes acumuladas. Por nada del mundo habría hablado Antonio en aquellos momentos de sus apuros; procedía como esos autores dramáticos que no hablan nunca de sus obras antes de terminarlas, pues saben que una vez referidas ya no se escriben. Con una candidez extraordinaria creía disimular perfectamente su angustia á aquellas dos mujeres y de tal modo estaba distraído que de tres preguntas que éstas le hacían apenas si contestaba á una.

Tuvo un rato mejor en el momento de los postres y del café. ¡Cuán bien se imaginó la alegría de vivir sin cuidados! Sobreponiéndose á las inquietudes del presente, vió el mundo abierto á su fantasía, los hoteles de provincia con el ómnibus cargado de baúles, el embarque en un vapor, un camino de montaña al pie de los picos adonde se va á subir, porque para

aquel hombre de acción los instantes más gratos eran aquellos en que las cosas empiezan y el adorado viaje se simbolizaba en la partida.

A pesar de todo hubo de volver á la realidad. Había bebido su beneditino y fumado su cigarro y la atmósfera del *home* tenía algo de calmante. Aprovechó aquel momento para tomar un coche de punto. ¡Cómo evocaban en su mente los vencimientos de letras aquellos coches de punto! Apenas surgía una dificultad ¡ea, pronto, un simón! El en que iba olía, como todos, á humo viejo de tabaco; sus cristales retemblaban, aturdían el pensamiento. Antonio sentía un poco de frío y su miedo de no salir airoso de las gestiones que iba á hacer era menor que el de sumirse en el temor, porque sólo hay un medio de asombrar á la mala suerte y es engañarla presentándole un semblante alegre.

Entonces dió vueltas á su cerebro, como el león encerrado en una jaula, para descubrir las esperanzas que le sostendrían y naturalmente el primer puesto entre ellas lo ocupaba la herencia de la tía. En parte tenía razón para creer que ésta podría haberle ahorrado muchas angustias; pero también ella la tenía para opinar que si hubiese intervenido en los asuntos de su sobrino, éste habría extendido su crédito al compás de su fortuna y su situación; como la piel de buey de la leyenda se habría adelgazado al estirarse. Ferronnaye no veía esto, veía tan sólo las negativas de la solterona, formuladas con palabras crueles, humillantes para un ser de imaginación, de audacia y de lucha como él.

Enfrente de su vida, útil á las letras, á las artes, á la industria, á todo cuanto constituye la fuerza y la grandeza de los hombres ¿qué podía ella presentar? ¿Un esfuerzo de coleccionadora con buen olfato? Pero si no hubiese tenido dinero, no habría sido más que una vieja ruin, reducida á coleccionar tenacillas y botones de polaina. Por otra parte ¡tantas otras en su lugar podrían juntar á la buena de Dios y dejar, sin embargo, colecciones curiosas!

No es el gusto lo que domina en la profesión sino una habilidad para huronear, para reconocer el objeto de una época, y esta habilidad la poseen los más insignificantes chararileros. Isabel no la tenía y poco importaba que fuese ella ó su competidor quien encontrase el objeto raro.

La carrera está hoy clasificada y ya no estamos en la gran época coleccionista de los Chenavard, de los Dusommerard y de los Sauvageot; la suerte, en un principio bastante restringida, hoy lo domina todo. Isabel podía ciertamente vanagloriarse de una huronería apasionada y atenta; pero ¿en qué se parecía esto á la acción tan vivaz y tan vibrante de Ferronnaye sobre su siglo? ¿Acaso no había él descubierto hombres y, si la fortuna le ayudaba, no haría surgir otros del seno de la tierra?

«¡Oh! ¡Hacerla encerrar, ahora que la herencia es mía!

Esta idea no le dejó en toda la tarde, acompañándole á casa de los banqueros, de los alguaciles, de los comerciantes en papel y de los impresores. Abría puertas de taller en donde rechinaban las máquinas de imprimir, con el olor corrosivo de las tintas, y «la idea» manteníase allí firme, ardiente, justiciera; obsesionábale también en la pequeña antesala del alguacil en donde se redactan los embargos en medio del olor humano que parece traído de los tribunales, y le sostenía finalmente mientras con falsa seguridad hablaba á banqueros de rostro impasible sobre próximos ingresos.

Sí, la idea fué para él aquel día un viático y cuando á eso de las cinco, después de haber casi solventado lo del terrible vencimiento, regresó á su casa deseoso de una comida delicada, la cosa le pareció demasiado sencilla para que no se realizase. La vieja testaruda sufriría algo, mas nunca tanto como ella le había hecho sufrir á él; además estaba enferma y era menester cuidarla, y al buscarle uno de esos dorados asilos en donde los enfermos gozan de todas las modernas comodidades, no podría quejarse de otra cosa que de la pérdida provisional de su independencia. Y si se curaba, lo que no era muy probable, siempre quedaría establecida su locura, y aun después de ponerla en libertad, se la tendría bajo tutela; y aquella alma vieja se vería condenada á hacer el bien sin verse privada de sus ilusiones, de su colección. ¿Y si moría? Nadie podría censurar á Ferronnaye por haber querido que se curase y adoptado para ello el único medio posible:

«Porque, en resumidas cuentas, yo no estoy alucinado; mi tía está realmente enferma.»

La preocupación fué tan grande, que se dirigió apresuradamente al bulevar La Tour-Maubourg para pedir noticias de Isabel.

(Se continuará.)

DE AVIACIÓN.—EL RAID CASABLANCA Á FEZ.—EL RECORD DE ALTURA CON PASAJERO.—MONUMENTO Á CHAVEZ

Raid Casablanca-Fez.—A las seis y media de la mañana del día 14 del próximo pasado septiembre, salió de la playa de Sidi-Beliont, distante unos doscientos metros de las murallas de Casablanca, un biplano Breguet pilotado por el aviador militar Bregi, á quien acompañaba como pasajero el Sr. Lebault, redactor del diario *Le Petit Journal*, á fin de realizar el primer raid aéreo en Marruecos. Este raid era el de Casablanca-Rabat-Mekinez-Fez y representaba un recorrido de 300 kilómetros.

Bregi había efectuado previamente algunos ensayos con excelente éxito, siendo el asombro de los indígenas, en quienes produjo impresión hondísima aquella ave mecánica, aquel aparato que, de un modo para ellos inexplicable, se elevaba y maniobraba en el aire con tanta facilidad.

La víspera de la partida celebróse en obsequio de los expedicionarios un barquete, en el que pronunciaron entusiastas brindis el cónsul de Francia señor Clarouce, el general Brauliere, jefe de las fuerzas de tierra, y el jefe de las fuerzas navales Sr. Senés.

En el momento de emprender el vuelo, los avia-

Según refieren los expedicionarios, las poblaciones del trayecto que recorrieron se prosternaban maravilladas al paso del aeroplano.

Record de altura con pasajero.—Este record tiene

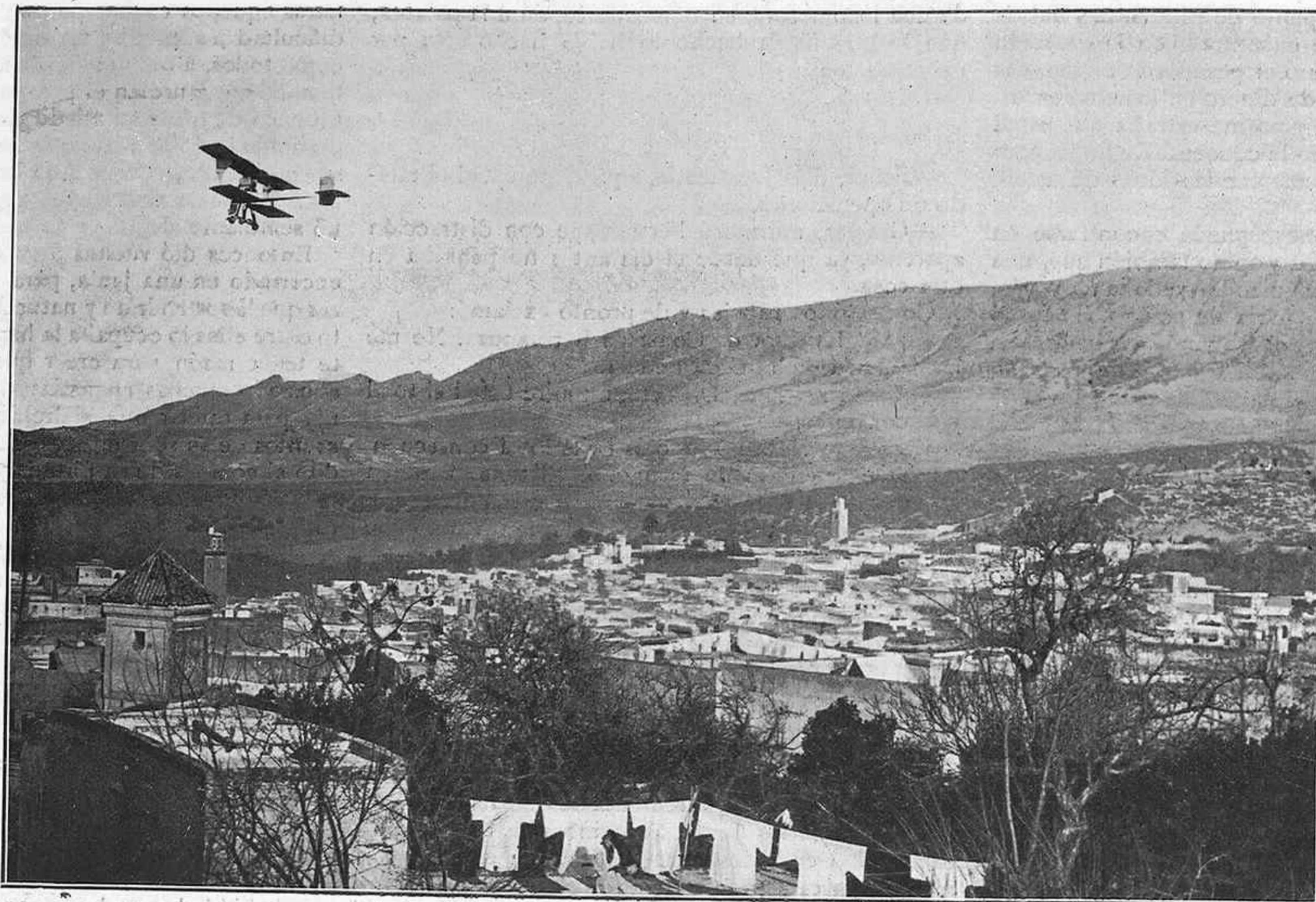
demostrado en los concursos en que ha tomado parte.

Monumento á Chavez.—Nuestros lectores recordarán sin duda el terrible accidente acaecido hace un

año que causó la muerte á Chavez y del cual dimos cuenta en el número 1.501 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. El joven y simpático aviador había partido de Briga el 24 de septiembre y atravesado los Alpes á una altura de 2.200 metros; se disponía á descender en Domodossola, seguro de haber ganado el importante premio de aquella difícil prueba, cuando su aparato, perdiendo el equilibrio, vino rápidamente al suelo. Chavez fué recogido y conducido al hospital, en donde falleció tres días después.

Con motivo del aniversario de aquella triste fecha, el día 24 de septiembre último fué inaugurado el monumento provisional que ad-

junto reproducimos y que se ha erigido en el mismo sitio en que cayó el infortunado aviador. Consiste en un monolito de mármol apoyado en una losa y coronado por dos banderitas de señales; en el centro, hay una sencilla dedicatoria con el nombre del aviador y la fecha de su mortal caída.—S.



El primer raid en aeroplano en Marruecos.—Bregi, en un biplano Breguet y acompañado de un redactor del *Petit Journal*, volando encima de Fez al terminar su carrera Casablanca-Fez. (De fotografía de Rol.)

una historia muy corta, pero diríase que los pilotos quieren redoblar los esfuerzos á fin de recuperar el tiempo perdido. El mes de agosto habíasele adjudicado Montalent, elevándose en Brooklands á 2.250 metros; su triunfo, sin embargo, ha sido de poca duración, pues el día 22 de septiembre último Mahieu, en Issy-les-Moulineaux, llevando de pasajero al señor Faye, alcanzó la altura de 2.460.

Dos días hacía que aquel aviador se preparaba para la prueba, pero el mal tiempo le impedía llevar su proyecto á ejecución; al tercero, emprendió el vuelo á las cinco, seis minutos y diez segundos, y después de haber dado una vuelta, á poca altura, al campo de maniobras, comenzó su ascensión, desapareciendo muy pronto entre las nubes. Cuando aterrizó, á las seis, diez y siete minutos y cuarenta y cinco segundos, el barómetro de comprobación señalaba la altitud antes indicada.

Interrogado á su descenso, Mahieu manifestó encantado de su expedición aérea y dijo que antes de poco pensaba repetir su proeza, confiando en que llegaría á los 3.000 metros.

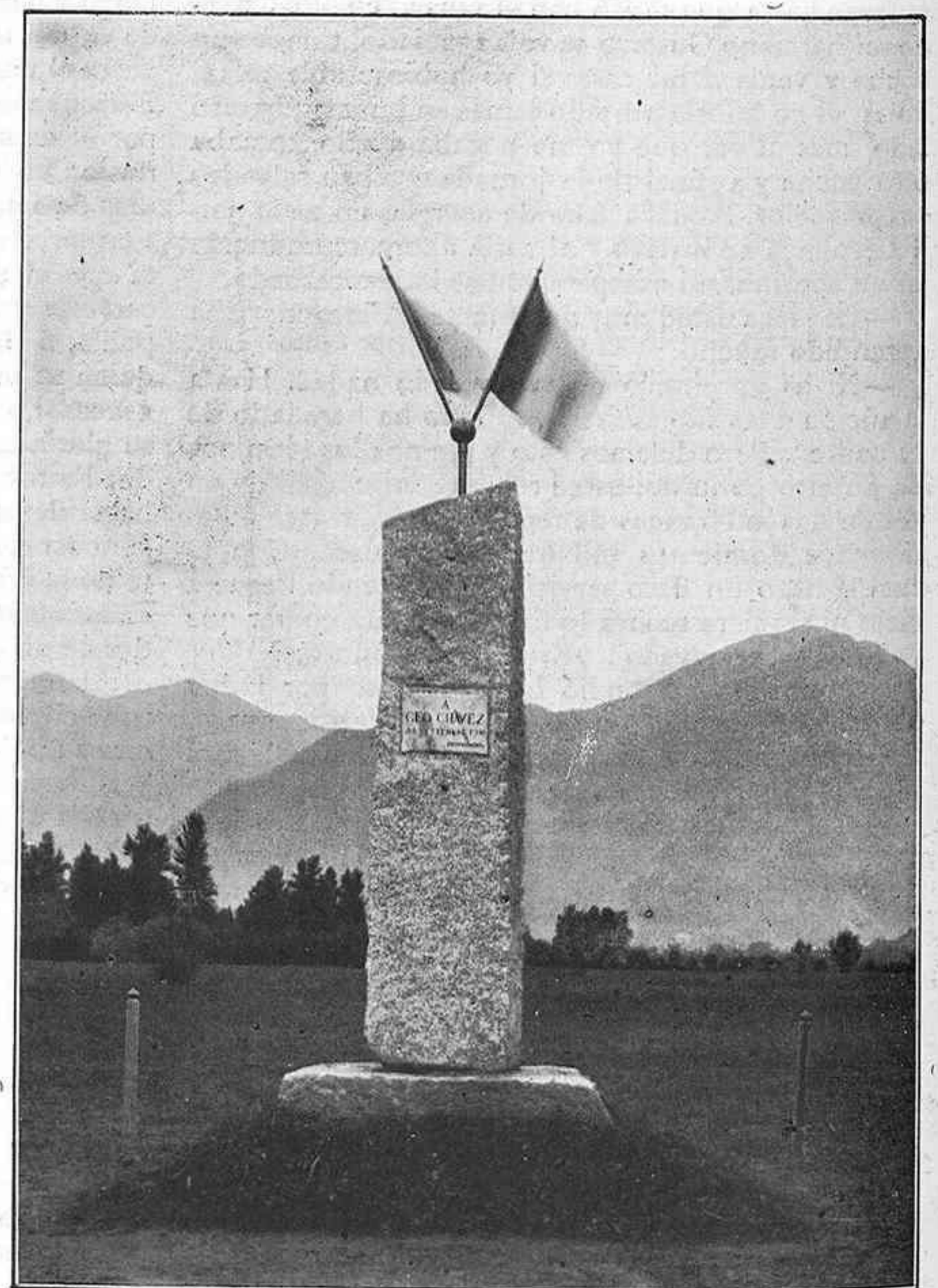
El aparato en que se efectuó la prueba es el nuevo biplano Voisin, motor Renault.

Mahieu, exalumno aventajado de uno de los principales liceos de París, se dedica, desde hace tiempo, á la aviación por pura afición y es en ella verdadero maestro, como lo ha



El aviador Mahieu, que ha ganado el record de altura con pasajero, elevándose en Issy-les-Moulineaux á 2.460 metros. (Fotografía de Rol.)

dores fueron aclamados por la colonia francesa y por los indígenas que, en gran número, habían acudido á presenciar aquel espectáculo para ellos verdaderamente extraordinario. Bregi y su compañero realizaron con toda felicidad su viaje aéreo, habiendo llegado á Fez en la mañana del 19, después de haber descansado en Rabat y en Mekinez.



Monumento provisional en Domodossola á la memoria del aviador Chavez, en el mismo sitio en que murió éste al efectuar, en 23 de septiembre de 1910, la travesía del Simplón en aeroplano. (De fotografía de Argus Photo Reportage.)

QUEBRADO DURANTE 16 AÑOS

Maravillosa Cura de un Bien Conocido Vecino de Santander, Certificada por un Médico

Es una dicha el saber que hay una cura para la quebradura. Mucha gente contiene que sólo un cirujano con cuchillo y aguja puede volver a unir el lugar roto.



Sr. D. DEMETRIO LAGUNILLA

Pero la experiencia del Sr. D. Demetrio Lagunilla, Talleres de S. Martín, Santander, destruye completamente esta teoría. Hay un especialista en Londres que ha descubierto un maravilloso Método de tratamiento, que no sólo retiene toda clase de quebraduras sino que también hace que los músculos se unan. El Sr. Lagunilla supo esto é hizo la prueba y el resultado fué maravilloso.

Aunque de 60 años de edad y con una quebradura muy mala, el Sr. Lagunilla empezó en seguida la cura, y se curó perfectamente en un plazo notablemente corto. Hoy está bueno y alegre y completamente libre de la traza más ligera de su quebradura.

Doctor Leoncio Santos Ruano, Médico de Beneficencia y Forense, Certifica: Que Don Demetrio Lagunilla sufrió por muchos años de una quebradura crural en el lado derecho por la cual ha tenido que usar diferentes bragueros, pero convencido que él no podría curarse de este modo usó el aparato del Doctor W. S. Rice y el Desarrollante Lymphol, y por dicho tratamiento está ahora completamente curado no quedando la más ligera molestia, y así puede dedicarse á sus ocupaciones diarias.

A petición del interesado expido el presente certificado en Santander el 21 de Julio de 1911. (firma) Dr. S. Ruano.

El Sr. Lagunilla recomienda naturalmente este Método y su cura fué de gran interés entre sus amigos, muchos de los cuales estaban quebrados y que ahora también están en camino de una cura.

El Método es el descubrimiento del Doctor W. S. Rice, uno de los más conocidos especialistas del Mundo. Recientemente publicó un libro ilustrado acerca de la quebradura el cual enviará gratuitamente á todo el que lo solicite y con objeto de quitar de la mente del público el que la quebradura no puede curarse. Lo bueno de este método es la ausencia de todo dolor, inmunidad de peligro, no se necesita operación y no hay pérdida de tiempo en el trabajo diario. Es un método que bien merece su investigación. Escriba en seguida - hoy mismo - por el libro gratuito que explica claramente el método de cura y que es de inmenso valor á todos los quebrados ó que tienen amigos quebrados.

Dirección: Dr. W. S. RICE, S. 690. 8 & 9, Stonecutter Street, Londres, E.C., Inglaterra.

AVISO Á LAS SENORAS
EL APIOL DE LOS JORET-HOMOLLE
 CURA
LOS DOLORES, REÍARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 F^{ca} G. SEGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Reino de Sajonia.
Technikum Mittweida.
 Director: Profesor A. Holzt.
 Escuela superior técnica p. la enseñanza de electrotécnica y construcción de máquinas. Secciones espec. p. ingenieros y técnicos. Laboratorios electrotécnicos y mecánicos. Talleres para la instrucción práctica. Mayor frecuencia anual 3610 estudiantes. Programa etc. gratis de la secretaria.

HISTORIA GENERAL DEL ARTE
 Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Glíptica, Indumentaria, Tejidos
 Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. - Se vende en 8 tomos lujosamente encuadernados al precio de 490 pesetas.
 MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Paris.
 Date de 1849
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el outis limpio y terso
 Casa CANDÈS
 B^a St-Denis, 16

URANIA
 INCOMPARABLE ÚLTIMO MODELO
 750 ptas.
 La más sólida, visible y perfeccionada.
 Agente General para España
 JUAN ROVIRA - CORRES, 619, BAJOS BARCELONA

CITRATO EFERVESCENTE "KING"
 LA PRIMERA MAGNESIA DEL MUNDO
 SU VENTA EN ESPAÑA PASA DE 300000 FRASCOS ANUALES
 ESTE ES EL MEJOR ARGUMENTO
 Agente exclusivo: EDUARDO SOLA - Trafalgar 13 - Barcelona

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT
 DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA
 COMPUESTO POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA
 Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea é ilustrada con una notable colección de oleografias y grabados intercalados en el texto por D. Ricardo Balaca y D. J. Luis Pellicer
 Dos magníficos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado. - Su precio 200 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. - Hay un número reducido de ejemplares impresos sobre papel apergaminado y divididos en cuatro tomos al precio de 400 pesetas ejemplar
 MONTANER Y SIMÓN, EDITORES, BARCELONA

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE. El más activo y económico. el unico Inalterable. - Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Seine.

LEITZ
 GEMELOS PRISMATICOS
 PARA EJÉRCITO Y MARINA, VIAJE Y SPORT, TEATRO Y CAZA.
 SE VENDEN EN TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS DE OPTICA Y POR
 E. Leitz, Wetzlar (Alemania)

EL PRIMER CORREO AÉREO EN INGLATERRA. (Fotografías de Harlingue.)



Furgón automóvil destinado á recoger la correspondencia del correo aéreo

La utilización del aeroplano para los servicios postales es ya un hecho en Inglaterra, en donde se ha establecido, con la cooperación y mediante la autorización del ministerio correspondiente, el primer correo aéreo entre Londres (aeródromo de Hendon) y el palacio real de Windsor.

Inauguró este servicio, el día 9 de septiembre último, el aviador Hámel, en un monoplano Bleriot. A pesar del fuerte viento que reinaba, el cartero aéreo partió de Hendon á las cuatro y cincuenta y ocho de la tarde, en presencia de millares de espectadores que le aplaudieron y vitorearon con entusiasmo, y llegó á Windsor á las cinco y ocho, habiendo, por consiguiente, empleado diez minutos en recorrer el trayecto de veinticinco kilómetros entre el punto de partida y el de llegada. En Windsor, entregó la balija, que contenía más de diez mil cartas y tarjetas postales, al director de los correos de aquella población y después de firmados los documentos correspondientes, emprendió el vuelo de regreso á Hendon, siendo allí recibido con grandes aclamaciones y con el himno nacional inglés, que ejecutaba una música militar.



El aviador Hámel, primero que ha prestado el servicio postal aéreo, recibiendo los sacos de la correspondencia

correspondencia que ha de ser transportada por los aires y que á horas fijas es recogida por furgones automóviles dedicados particularmente al nuevo sistema de correo.



ZEISS
GEMELOS
PARA VIAJE,
DEPORTE Y CAZA
PIDASE EL PROSPECTO «T. 224»
De venta en todos los Establecimientos
de Optica, y por
CARL ZEISS, Jena, ALEMANIA
Berlín - Francoforte - s/M. - Hamburgo
Londres - París - San Petersburgo - Viena.



"DIANA" Cría y venta de legítimos
Perros de raza
Wideburg y C.^a
Eisenberg S.- A. 7, ALEMANIA
Envío de ejemplares de todas las razas, irreprochables, legítimos, de pura casta, desde el perrito de salón y del perrillo faldero á los mayores perros ladradores, de guarda y de vigilancia, así como de todas las Razas de caza.
Exportación á todas partes del mundo, en todas las épocas del año, bajo la garantía de que llegarán sanos.
Condiciones ventajosas. Magnífico catálogo ilustrado, con lista de precios y descripción de castas, pesetas 2'50 (se admiten sellos españoles en pago). Lista de precios gratis y franco. Todo en español, francés y alemán.

FÁBULAS DE LA-FONTAINE

Nueva traducción debida á D. Teodoro Llorente, ilustrada con notables dibujos intercalados en el texto y láminas tiradas aparte, originales de Gustavo Doré. — Esta notable edición en un tomo casi folio, ricamente encuadernado con tapas alegóricas, se vende al precio de 35 pesetas en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE. DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN